

ACADEMIA JOURNALS



OPUS PRO SCIENTIA ET STUDIUM

Humanidades, Ciencia, Tecnología e Innovación en Puebla

ISSN 2644-0903 online

Vol. 5. No. 1, 2023

www.academiajournals.com

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN AUSPICIADO POR EL
CONVENIO CONCYTEP-ACADEMIA JOURNALS



Gobierno de Puebla

Hacer historia. Hacer futuro.



Secretaría
de Educación
Gobierno de Puebla

CONCYTEP
Consejo de Ciencia
y Tecnología del Estado
de Puebla

Eduardo Yahair Baez Gil

Urbicido: Filosofía sobre la Destrucción de las Ciudades Contemporáneas y el Espacio Urbano

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Asesora: Mtra. Claudia Tame Domínguez

Asesor: Dr. Arturo Romero Contreras

Director: Dr. Arturo Aguirre Moreno

**URBICIDIO: FILOSOFÍA SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LAS
CIUDADES CONTEMPORÁNEAS Y EL ESPACIO URBANO**

por

EDUARDO YAHAIR BAEZ GIL

Tesis para obtener el grado de:

Maestro en Filosofía

por la

Facultad de Filosofía y Letras

de la

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Comité:

Asesora: Mtra. Claudia Tame Domínguez

Asesor: Dr. Arturo Romero Contreras

Director: Dr. Arturo Aguirre Moreno

Tesis defendida y aprobada “*Ad honorem*” el 20 de septiembre de 2019

URBICIDIO: FILOSOFÍA SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LAS CIUDADES CONTEMPORÁNEAS Y EL ESPACIO URBANO

Eduardo Yahair Baez Gil

Resumen:

Urbicidio es la muerte de la ciudad. Para algunos filósofos marxistas (como Marshall Berman o Henri Lefebvre, aunque éste no emplee el concepto) urbicidio es la muerte de la ciudad como efecto de la modernización capitalista. Para ellos la muerte de la ciudad acontece cuando por medio de la gentrificación, la reconfiguración urbana o la privatización de espacios públicos se elimina la dimensión heterogénea de la vida urbana. En cambio, para otros pensadores urbicidio es una práctica instrumental del neocolonialismo y el neoimperialismo contemporáneo que busca destruir las bases que permiten la resistencia anticolonial en países del “Tercer Mundo” frente a las potencias militares y económicas del Norte global. En esta investigación exploramos las teorías y las prácticas del urbicidio como un problema urbano y filosófico; buscamos responder las siguientes preguntas: ¿cómo y dónde se gesta el urbicidio, bajo qué discursos y qué estrategias?, ¿es el urbicidio un fenómeno característico de la Modernidad capitalista?, ¿cómo la urbanización, la modernización y la guerra destruyen las ciudades?, ¿qué representa el urbicidio para el desarrollo civilizatorio actual?, ¿qué *muere* cuando se destruye una ciudad?, ¿por qué existe una multiplicidad de sentidos del término urbicidio?, ¿vivimos actualmente el *fin* de la ciudad o vivimos en la era donde la ciudad es el medio y el fin último de la violencia?

URBICIDE: PHILOSOPHY ON DESTRUCTION OF CONTEMPORARY CITIES AND URBAN SPACE

Eduardo Yahair Baez Gil

Abstract:

Urbicide is the death of the city. For some Marxist philosophers (such as Marshall Berman or Henri Lefebvre, although the latter does not use the concept) urbicide means the death of the city like an effect of capitalist modernization. For them, the death of city occurs when, through gentrification, urban renewal, or the privatization of public spaces, the heterogenous dimension of urban life is eliminated. On the other hand, for other thinkers, urbicide is an instrumental practice of neo-colonialism and contemporary neo-imperialism that seeks to destroy the bases that allow anticolonial resistance in “Third World” countries against the military and economic powers of Global North. In this research we explore the theories and practices of urbicide as an urban and philosophical phenomenon. We analyze the current philosophical theories that have explored the problem of the destruction of the city and urban space and seek to answer the following questions: How and when is urbicide conceived, under what discourses and what strategies? Is urbicide a characteristic phenomenon of capitalist Modernity? How urbanization, modernization and war destroy cities and why? What does urbicide represent for the current civilizational development? Why is there a multiplicity of meanings of the term urbicide? Are we currently living the end of the city, or do we live in an era where the city is the means and the ultimate target of contemporary violence?

Agradecimientos

Esta investigación fue posible gracias a la beca nacional de maestría otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACyT), al apoyo institucional de la Maestría en Filosofía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y particularmente al filósofo Eduardo Subirats por su recepción durante mi estancia de investigación en la New York University y su gestión de un *sponsorship* para mi acceso ilimitado a la Elmer Holmes Bobst Library (NYU) en cuyo aservo encontré las fuentes necesarias para concluir esta investigación.

Mis agradecimientos también para el Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla por el otorgamiento de la beca del “Programa de publicación de tesis CONCYTEP-AJ” para la publicación de esta investigación.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	p. 5
Algunas aclaraciones sobre esta publicación	p. 7
PRIMER CAPÍTULO. DE LA NECRÓPOLIS A LA METRÓPOLIS	
De la necrópolis a la metrópolis	p. 12
El mito metropolitano	p. 20
SEGUNDO CAPÍTULO: DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD COMO EXPERIENCIA DE LA MODERNIDAD CAPITALISTA	
Industrialización, urbanización y fragmentación como destrucción de la ciudad y la vida urbana en los siglos XX y XXI	p. 29
Fragmentación social en las metrópolis modernas	p. 40
La metrópolis o la “máquina para habitar”	p. 43
Urbicidio o la muerte de la ciudad como experiencia de la Modernidad: Marshall Berman y la génesis del concepto	p. 47
Gentrificación como práctica de destrucción y reconfiguración urbana	p. 56
TERCER CAPÍTULO. URBICIDIO: LA MUERTE DE LA CIUDAD EN CONFLICTOS BÉLICOS Y ESTRATEGIAS NEOCOLONIALES	
De la guerra total al urbicidio	p. 65
Urbicidio como eliminación de la heterogeneidad de vida urbana	p. 74
Urbicidio como estrategia militar contra la resistencia anticolonialista	p. 81
Urbicidio como neocolonialismo y neoimperialismo	p. 87
CONCLUSIONES	p. 91
REFERENCIAS	p. 94

Introducción general

¿Qué factores históricos, sociales y económicos, qué ideologías y proyectos urbanos concebidos durante los últimos siglos han hecho posible la transformación radical de las ciudades que habitamos actualmente?, ¿por qué la instrumentalización de la técnica moderna se enfocó hacia la destrucción de las ciudades donde habita precisamente más de la mitad de la población mundial? ¿cómo y dónde se gesta la destrucción de las ciudades contemporáneas como objetivo específico de la violencia, bajo qué discursos y qué estrategias?, ¿es el urbicidio, es decir, la destrucción de las ciudades, un fenómeno característico de la Modernidad capitalista o su génesis antecede a este período?, ¿cómo la urbanización, la modernización y la guerra destruyen las ciudades y por qué?, ¿qué representa el urbicidio para el desarrollo civilizatorio actual?, ¿por qué existe una multiplicidad de sentidos del término urbicidio?, ¿vivimos actualmente el *fin* de la ciudad o vivimos en la era donde la ciudad es el medio y el fin último de la violencia? Estas son las problemáticas que planteamos como centro de discusión inicial para nuestra investigación. Pero más específicamente, nos ocupamos por delimitar lo que la filosofía en el último siglo de tradición crítica ha abonado al campo de estudio que tiene como centro de preocupación la vida en comunidad dentro de las ciudades, lo que ha caracterizado a nuestras civilizaciones como urbanas, para ello una revisión histórica conceptual será el punto de partida. Nuestro objeto de estudio es la ciudad contemporánea, es decir, la ciudad como concepto y como realidad material de los siglos XX y XXI. Más específicamente, el problema de la violencia que busca destruir las formas de vida dentro de las ciudades destruyendo las ciudades mismas. Y este,

el problema de la vida en comunidad y de la violencia como forma inherente de la vida en la civilización occidental es un problema histórico recurrente.

En contexto, apenas en el siglo pasado, y en lo que va del XXI, la mayoría de las ciudades que conocemos se enfrentan a una transformación acelerada por las consecuencias de las dinámicas de globalización del mercado, el desarrollo urbano que el capitalismo tardío lleva a cabo mediante prácticas de apropiación de entornos naturales. Lo cual nos debe permitir no pasar de lado el hecho significativo de que dichas dinámicas no son características de nuestro siglo, sino que encuentran su antecedente en las prácticas violentas de conquista y colonia llevadas a cabo por Europa desde el siglo XVI en el llamado Nuevo Mundo y de las neocoloniales e imperialistas ingleses, francés y holandés del siglo XIX, o las guerras del siglo XXI acontecidas en Medio Oriente y que ha dejado civilizaciones milenarias en ruinas. Lo cierto es que la violencia y la destrucción de las ciudades se llevan a cabo siempre en las periferias del poder político del Norte global. La violencia, la marginalización urbana y la miseria parecen ser una experiencia constitutiva en la vida cotidiana de las periferias coloniales. Queremos explorar lo que esa experiencia significa en la vida urbana. Y lo haremos comprendiendo la experiencia de esta modernidad capitalista que se deja ver claramente en los procesos de destrucción de las ciudades contemporáneas, en la aniquilación de los vínculos afectivos de las sociedades de masas, de la muerte de toda forma orgánica de relación con el mundo natural, así como en la sobrepoblación debida a la movilización de masas de poblaciones miserables en busca de una vida en las metrópolis de mayor desarrollo económico de hoy en día, en la migración forzada de oleadas de refugiados que huyen de sus países de origen debido a la pobreza, la persecución política o a la guerra o al desplazamiento de sus espacios de vida dentro de las ciudades debido al alto precio de las rentas, al despojo que la especulación inmobiliaria y la inversión del capital generan. Será en la exploración de

estos problemas como totalidad que podamos comprender cómo la destrucción de las ciudades contemporáneas de los siglos XX y XXI son un problema esencial de nuestra época, así como del urbanismo actual, de la teoría política y, sobre todo, de la filosofía contemporánea.

Algunas aclaraciones sobre esta publicación

La presente investigación es resultado de mi tesis de maestría en filosofía con correcciones importantes pensadas específicamente para esta publicación. Muchos de los planteamientos de esta tesis son vigentes en cuanto que ofrecen un marco teórico para pensar problemáticas y fenómenos urbanos y filosóficos actuales y, me temo, aún sin respuesta. Los problemas que me propuse estudiar al emprender esta investigación para mi tesis de posgrado en filosofía pueden parecer ahora -aunque en su momento no lo fueran- bastante familiares, muy discutidos, e incluso trillados, porque se encuentran presentes en las discusiones no sólo de la academia sino también fuera de la universidad, en la vida cotidiana, en las redes sociales, en manifestaciones o en las discusiones para la generación de políticas públicas y urbanas. Un ejemplo claro de estas problemáticas es la gentrificación, un problema que actualmente se discute intensamente del que una gran mayoría de la población ha generado una idea más o menos clara de lo que el término significa y sus consecuencias para la vida de una ciudad. Particularmente porque en nuestro país este problema es cada vez más patente y está generando grandes desigualdades e injusticias por el derecho a la ciudad y a la vivienda. Otros ejemplos son las discusiones sobre la preservación del patrimonio histórico, particularmente de ciudades y zonas arqueológicas o, al contrario, la iconoclasia mediante la destrucción de monumentos históricos por lo que ellos representan (para muchos una estatua,

por ejemplo, puede simbolizar un poder hegemónico machista, colonial y con una carga simbólica violenta). El tema central de mi tesis es un problema vigente, en el contexto actual de la guerra en Europa, es de la espectacularización de la violencia y de la guerra que tiene como principal escenario a las ciudades, en el que se despliegan las posibilidades de un posible aniquilamiento de entornos construidos históricamente y de la vida de las poblaciones que los habitan.

En este sentido, la pertinencia de esta tesis sigue vigente y su publicación también, de modo que los cambios realizados en la redacción, en el orden de la exposición de algunas ideas, la integración de algunas fuentes bibliográficas y la precisión de algunos términos que no aparecen en la versión original se justifican por la distancia en que miro retrospectivamente este trabajo. En lo fundamental la tesis consiste en hacer una distinción clara entre dos formas generales de comprender el urbicidio: i) la destrucción de la ciudad como resultado de las estrategias de modernización y urbanización de la Modernidad capitalista o bien ii) la muerte de la ciudad como consecuencia de las prácticas instrumentales del neocolonialismo y el neoimperialismo contemporáneo que buscan destruir las bases que permiten la resistencia anticolonial en países del “Tercer Mundo” frente a las potencias militares y económicas del Norte global. Estas distinciones se realizan en los capítulos II y III, respectivamente. Esta diferenciación, aunque a simple vista pudiera parecer reduccionista, es clave para entender la multiplicidad de sentidos que tiene el término de urbicidio y a pesar de que la distinción pudiera ampliarse y tener matices.

Si el o la lectora quisiera leer una versión más cercana a la tesis original de mi tesis que no fue pensada para publicarse podría leer el apartado “Urbicidio: dos vías de

comprensión” del libro colectivo *Urbicidio. Filosofía de la ciudad herida*.¹ Mi plan original para esta tesis, y de esta publicación, era (es) tratar de contribuir con rigor al problema del urbicidio tratando de respetar la exposición de las ideas expuestas por los y las autoras revisadas, realizar un trabajo hermenéutico y de revisión crítico. A la distancia considero que algunos planteamientos de mi tesis de maestría deben ser discutidos con más rigor, algunas fuentes deben ser actualizadas, principalmente porque desde que esta tesis fue escrita y presentada (en el 2019) hasta la actualidad, han transcurrido ya varios años, durante los cuales el contexto mundial ha cambiado, los urbicidios no han cesado, las estrategias y los discursos han sido replanteados y nuevos enfoques teóricos han surgido. Mi preocupación inicial era pensar la violencia contra las ciudades, pero para señalar que dicha violencia tiene una implicación directa o indirecta contra sus ciudadanos que han sido constantemente bombardeados, cercados, desterritorializados y aniquilados por la violencia directa hacia ellos, pero también a través de la destrucción de sus ciudades. El problema central del urbicidio está claramente en el análisis de la ciudades destruidas, de la violencia instrumental, pero principalmente en los seres humanos que habitan (o habitaban) esas ciudades. Indagar sobre lo que el urbicidio significa sólo tiene sentido si se toma en cuenta que quienes padecen esa violencia son los ciudadanos desposeídos de esos entornos destruidos. Ciudadanas y ciudadanos que han visto sus hogares aniquilados por la violencia bélica o bien por las

¹ En este libro, del que soy coautor, se reproducen parcial y a veces íntegramente muchos de los planteamientos de mi tesis de maestría, como en el apartado ya mencionado. Al tratarse de un libro colectivo pueden encontrarse diversos planteamientos sobre el concepto de urbicidio que no necesariamente suscribo, particularmente aquellas ideas que sugieren analizar a los edificios como cuerpos heridos y, por consiguiente, como víctimas preponderantes de la violencia bélica, ideas que desde luego no comparto. En todo caso pueden ser posiciones que reflejan la multiplicidad de sentidos del término que vamos a discutir, ver Baez, E., Aguirre, A., y Perea, G. (2021). *Urbicidio. Filosofía de la ciudad herida*. Buenos Aires: Biblos. Asimismo, algunos de los planteamientos de esta tesis pudieron incluirse en otras publicaciones conjuntas ver: Aguirre, A. y Baez, E. (2020). Urbicidio: sobre la violencia contemporánea contra las ciudades, *Agora: Papeles de filosofía*, 40, 1, 87-110 y Aguirre, A. y Baez, E. (2022). Urbicidio o matar la ciudad. Violencia bélica contra el espacio urbano. En M. Emilia, y R. Colloredo-Mansfeld (coords), *La estetización de la ciudad. Políticas de la regeneración urbana* (pp. 33-52), BUAP-Instituto de Filosofía de la Habana, Puebla.

estrategias neocoloniales de desterritorialización o por las estrategias de modernización y urbanización (gentrificación, destrucción creativa y/o renovación urbana) que les ha obligado a desplazarse hacia las periferias de sus ciudades, a abandonarlas o a vivir entre las ruinas y sobre los escombros de las que alguna vez fueron sus habitaciones. No obstante, pese a la multiplicidad de planteamientos actuales sobre el problema, considero que aún no hay un consenso claro de lo que se quiere decir cuando alguien habla de urbicidio. Por lo tanto, deseo que este texto sea entendido como un estudio incipiente que en su momento tenía la finalidad de ser un texto introductorio sobre la problemática del urbicidio desde un enfoque filosófico. Deseo que las deficiencias teóricas que este trabajo pudiera presentar sean discutidas y debatidas calurosamente en el orden de la argumentación crítica que un problema así requiere. Espero poder corregir estas deficiencias teóricas y contribuir a su clarificación en una publicación posterior.

PRIMER CAPÍTULO.

DE LA NECRÓPOLIS A LA METRÓPOLIS

De la necrópolis a la metrópolis

Habría que comenzar por una cuestión básica preguntándonos por aquello que es la ciudad. El enfoque disciplinar puede ser muy diverso. Por ejemplo, desde los estudios antropológicos, arqueológicos e históricos se nos dice que en los últimos 5 milenios hay una actividad reiterada del ser humano por vivir en ciudades. Los orígenes de las ciudades, de las primeras construcciones complejas de las que se tienen registro, datan del periodo neolítico y se vinculan estrechamente con el desarrollo de la agricultura, el desarrollo de la técnica de regadío, de la producción de excedentes, así como con el intercambio de mercancías y productos de consumo. Estos factores permitieron el asentamiento de núcleos sociales estables y autosuficientes, hacia el año 3 mil antes de nuestra era.

Precisamente en ello radicaría no sólo el origen de la ciudad sino su principal distinción del campo en la medida que ella se sostiene gracias a ese excedente de producción (de alimentos, en primer lugar), y en segundo, como sostiene el economista Paul Singer (2007), además de la producción de excedentes en una sociedad para la formación de una ciudad fue necesario que se crearan instituciones sociales, “una relación de dominación y por último de explotación que asegure la transferencia del excedente del campo a la ciudad” (p. 9), y ello supone la existencia de una sociedad de clases. Pero esta sociedad de clases le precede históricamente a la ciudad. De acuerdo con el arqueólogo Gordon Childe, en su libro *Man Makes Himself* de 1936, la revolución urbana, requería de la acumulación de alimentos y ésta, al menos en Egipto y Mesopotamia, fue posible gracias a una conquista. Sugiere que la estructura de clases es resultado de una diferenciación interna como de una externa. Esta tesis es importante por el siguiente motivo: la creación de la ciudad requiere de una

acumulación previa, un flujo permanente de un excedente de alimentos del campo a la ciudad; y este flujo permanente requirió de una estructura de clases.

En el mismo sentido, Rosa Luxemburgo (1967) argumenta que la existencia de las grandes civilizaciones a lo largo de la historia fueron posibles gracias a la producción de excedentes. Pero atribuye particularmente el desarrollo cultural y urbano a la *reproducción ampliada*, que en sentido estricto representa al igual que la producción de excedentes (sean alimentos, herramientas y demás productos para la supervivencia de una sociedad dada) la capacidad de producir más de lo que una sociedad requiere para su existencia. Por ello Luxemburgo asegura que se trata de un crecimiento progreso económico, pero sobre todo cultural. Al respecto, asegura, que todos los progresos decisivos en las civilizaciones altamente desarrolladas en su economía, en sus monumentos, en su forma de organización social, requirieron (y requieren) de una reproducción ampliada.

Aunque necesaria, la argumentación económica que busca explicar el surgimiento de la ciudad es insuficiente. Tal y como asegura Lewis Mumford (2018, p. 20), la naturaleza de la ciudad no se encuentra únicamente en su base económica, sino también en su carácter cultural. De modo que su origen se debe no a una sola comprensión y explicación, sino que fueron una multiplicidad de factores lo que hicieron posible el surgimiento y la permanencia de la vida humana hasta la constitución de una proto-ciudad, lo que explicaría el hecho mismo que ha permitido al ser humano crear también formas tan heterogéneas de vida (Agulles, 2017, p. 16).

En tanto, estudios antropológicos recientes (Llorente, 2015) señalan que el desarrollo urbano estuvo intrínsecamente relacionado al desarrollo de las capacidades sociales y habilidades abstractas del ser humano (como el desarrollo de una memoria geográfica que permitió la representación del espacio, al igual que el desarrollo del lenguaje abstracto) como

signo de su evolución mental y capacidad de adaptación al entorno natural. De modo que el desarrollo del lenguaje y la ciudad pueden concebirse como las invenciones colectivas más importantes para el ser humano, dado que, igual que el lenguaje, un aspecto significativo de la ciudad, además de sus funciones protectoras ante las inclemencias y hostilidades de la naturaleza, es ser un medio material especializado de la transmisión social (Mumford, 2018, p. 20; Mumford, 2012, p. 9). De ahí que la ciudad sea una de las invenciones humanas fundamentales, una fuente de creación ilimitada: “lo más creador entre las estructuras de humana convivencia por serlo en sí misma” (Zambrano, 2001, p. 140).

Lo cierto es que el ser humano produjo sus propios entornos mediante el desarrollo de la técnica permitiendo la creación colectiva de estructuras perdurables erigidas en el espacio natural para hacer posible la vida colectiva. Sin olvidar que las primeras ciudades tuvieron en su eje fundacional una relación intrínseca con el cuidado de los muertos, mediante la construcción de sepulturas por una necesidad humana por enterrar a sus muertos y rendir tributo mediante el cuidado de esos espacios. La sepultura, depósito voluntario de un cadáver en una cavidad, manifiesta la idea de dar espacio a la muerte en una espacialidad vertical, como una consideración humana hacia la vida humana y sus procesos vitales. Y esto es así porque las sepulturas fijan el lugar de la memoria en el espacio, son la continuación de un lazo social mediante un vínculo que sobrevive a la efímera existencia humana.

Lewis Mumford, el erudito que marcó un hito en el estudio crítico de la historia de la técnica y la historia de las ciudades, considera que es alrededor de la tumba que el ser humano se reúne para instituir ritos de cuidado que se convertirán después en valores instituidos e institucionalizados: “en la primera reunión en torno a una tumba o a un símbolo pintado, a una gran piedra o a un soto sagrado, se encuentra el comienzo de una sucesión de instituciones cívicas que van desde el templo hasta el observatorio astronómico, desde el

teatro hasta la universidad” (Mumford, 2012, pp. 19-20). Rendir tributo a los muertos se convierte en una práctica de reconocimiento de la condición humana que se asume vulnerable pero que se revitaliza y se fortalece en el vínculo de vivir en relación con otros seres humanos.

Más allá de lo bello que pueda resultarnos esta imagen que vincula la construcción y cuidado de las tumbas donde yacen los muertos de una comunidad, como las primeras formas de intervención materiales en el espacio como fuente originaria de los primeros asentamientos urbanos es igual de significativo suponer que las ciudades tienen una intención y función. Por alguna razón la técnica, el saber práctico de construir y los materiales con que han sido creadas las ciudades tienen un mismo objetivo: perdurar a través del tiempo. El ejemplo de la sepultura al igual que el de la ciudad misma nos ayuda a comprender esta idea. Una sepultura tiene como intención pragmática, más allá de su significado antropológico o espiritual vinculado al ritual, hacer durable la materia finita del cuerpo que debido a su constitución orgánica tiende a la descomposición. Su estructura es finita en el tiempo, y sólo podría permanecer en el tiempo por medio de una representación, en este caso la lápida que lo oculta. De modo más claro, la edificación de una tumba lograría transformar esa estructura finita del cuerpo en algo perdurable, en un monumento, o como el antropólogo Marc Augé (2008), sugiere: en “la expresión tangible de la permanencia o, por lo menos, de la duración (p. 29). Esta constante por hacer durable y permanente lo finito, como es la existencia y el cuerpo humano requirió del perfeccionamiento de la transmisión cultural. Transmitir, tal y como es enunciado por Régis Debray (1997), es hacer conocer, hacer saber códigos inmateriales por medio de la materia de forma duradera a través del tiempo. Tiene un sentido diacrónico porque la transmisión, a diferencia de la comunicación, es esencialmente un transporte en el tiempo en el momento en que establece un vínculo entre los muertos y los vivos, en la mayoría de las veces justamente en ausencia física de quienes emiten ese código,

por ello su función es hacer perdurar lo que vivimos, lo que creemos y pensamos y que, de ese modo, no muera con nosotros. Transmitir tiene una finalidad civilizatoria toda vez que responde a una necesidad, un deber humano por la herencia cultural a través de métodos colegiados y marcos colectivos (Debray, 1997, pp. 17-21). La ciudad es justamente esta forma representativa de la transmisión. Porque para que algo se resguarde, se transmita y perdure requiere de registros materiales y medios técnicos, de instituciones y organismos de transmisión, requiere de carne y piedra, por decirlo de la forma más poética o literal posible. ¿Y no es acaso la ciudad sino precisamente el medio más perdurable, el más bello, el más históricamente perfeccionado para ese fin? “el hecho principal y más significativo respecto de la ciudad es que la ciudad funciona como órgano especializado en la transmisión social” (Mumford, 2018, p. 20).

¿Y a todo esto, qué transmite la ciudad? Las ciudades no pueden comprenderse únicamente como objetos de transmisión. De hecho, pensarla así sería una visión muy corta para la noción de ciudad que estamos pensando. Ciertamente su valor consiste en constituirse ella misma como la forma más desarrollada que resguarda al ser humano, el espacio que le permite desarrollarse en colectividad distinguiéndolo de su aspecto más natural e instintivo y, a su vez, ser una especie de valuarte y de museo que alberga y transmite esos rasgos característicos que definen al ser humano. Aunque ciertamente hay que tener en cuenta que esta afirmación se hace, desde una visión antropocéntrica, que después intentaremos problematizar, pues la ciudad hasta ahora es vista como algo que concierne únicamente al ser humano, y aunque ciertamente lo es, olvidar que la ciudad es una intervención en el espacio natural y que habitamos en relación con esa naturaleza y otras especies es algo que la ciudad contemporánea ha omitido con pesimas consecuencias para el medio ambiente.

Lo que es cierto es que a menudo se suele oponer la ciudad al campo, la cultura de las ciudades en oposición a la naturaleza, el desarrollo tecnológico y la racionalidad instrumental del ser humano en oposición a la parte más biológica y rústica del ser humano que se representa todo el tiempo por el campo. Ciudad y campo como formas antagónicas de comprender el mundo y al ser humano. Una descripción histórica de la ciudad mostraría que es una entidad artificial, espacio material organizado, creación inacabable que ha posibilitado el desarrollo cultural y ha hecho posible la evolución de las capacidades de los seres humanos. Pero contra esta visión, que resulta claramente contraintuitiva, no hay tal diferenciación radical entre ciudad y campo, antes bien se yuxtaponen. De hecho hay una determinación recíproca en la relación entre ciudad y campo que contribuye a una evolución de lo que hoy es el ser humano. Es decir, que la ciudad subsiste gracias al campo y se ha constituido históricamente como aquello que da forma al ser humano al mismo tiempo que éste transforma a la ciudad, como una co-determinación y co-transformación. Y en la genesis de esta transformación mutua está desde luego el desarrollo de la cultura y el desarrollo de la técnica sin los cuales habría sido imposible la construcción de ciudades y civilizaciones tal y como las conocemos hoy en día. Aquí otra oposición: ciudad y civilización contra el campo. Como si la ciudad fuera un medio en la que el ser humano adquiere otra “naturaleza”, pero en el orden histórico comprendemos la importancia de definir al ser humano como un animal que vive en la ciudad, no sólo como “ser racional” sino como ser que vive en la urbe. De ahí la noción de ser civilizado, lo que lo diferencia de otros animales, pero también de otros seres humanos, ciudadanos en oposición a hombres del campo, rústicos.

En su propia etimología la raíz de *ciudad* deriva directamente del latín *Urbs*, término con el que se designaba a la ciudad antigua por excelencia, es decir, Roma (incurrimos aquí a propósito a un eurocentrismo con una finalidad expositiva, eurocentrismo del que después

intentaremos demarcarnos). Sin embargo, el término ciudad es a menudo remitido al latín *civitas*,² con el cual se designaba al conjunto de ciudadanos. La relación de la ciudad (*civitas*) y civilización pasa por una comprensión de la ciudad como un lugar en el que los ciudadanos adquieren formas de relación y reorganización de sus modales, forma de distinguirse de los no ciudadanos, los bárbaros, o los que viven en la no-ciudad o el campo (*rus* de ahí lo rústico como lo no civilizado):

Las palabras *civiltà* en italiano, *civilidad* y *civilización* en español y *civilité* y *civilisation* en francés, tienen una etimología en común, el latín *civis* (“miembro libre de una ciudad, ciudadano”), su derivado abstracto *civitas* (“condición de ciudadano, conjunto de ciudadanos, ciudad”), el adjetivo *civilitas* (“calidad de ciudadano, sociabilidad, cortesía”), el adverbio *civiliter* (“como ciudadano, como buen ciudadano; en las formas legales; con moderación, con suavidad”). En todos estos usos cabe observar la doble connotación, por un lado política, que remite al tipo particular de organización de la vida en común que es la ciudad antigua, y por el otro moral y psicológica, que remite a la suavización de las costumbres que se espera que produzca la vida en ciudad. El segundo sentido lo expresa también el término *urbanitas*, que hace alusión a la *urbs*, la ciudad [*ville*] en su relación concreta, entendida como lugar de contacto permanente entre los individuos, gracias al cual las maneras y el lenguaje pierden su “rusticidad” (de *rus*, el

² Emile Benveniste establece una relación entre el término amigo (*philos*) y el conjunto de ciudadanos, ciudad (*civis*): “Consideremos el término latino *civis*, ‘ciudadano’, de donde ha derivado el abstracto *civitas*, que designa propiamente la calidad de ciudadano, y colectivamente el conjunto de los ciudadanos, la ciudad misma [...] el latín *civis* es también un término de camaradería que implica comunidad del hábitat y de los derechos políticos. El sentido de *civis* no es ‘ciudadano’, como quiere una tradición rutinaria, sino ‘conciudadano’. Numerosos empleos antiguos muestran el valor de reciprocidad inherente a *civis*, y que sólo da cuenta de *civitas* como noción colectiva. [...] De este modo, se restablece el vínculo entre la ‘casa’, el círculo de familia, gót. *heirwa*, y la agrupación en cuyo seno el hombre que forma parte de ella es calificado de *civis*. Esta asociación estrecha hace nacer relaciones de amistad: *ser. seva*, ‘querido’, es una de esas calificaciones que transponen el sentimiento de la comunidad en término afectivo (Benveniste, 1983, pp. 216-217).

campo), siendo Roma en este caso la Ciudad por excelencia, la *Urbs* (Pons, 2018, p. 243).³

Es importante tener en cuenta siempre esta doble acepción del lugar y la forma: la ciudad concebida como espacio material y arquitectónico construido (la ciudad delimitada por murallas) y las formas de vida que en este espacio se conciben.

Henri Lefebvre (1978), filósofo marxista que contribuyó fuertemente al estudio de la ciudad introduciendo la problemática de lo urbano al análisis filosófico en el siglo pasado, por su parte, tiene presente esta dualidad al considerar pertinente comprender que la ciudad refiere, por un lado, a una realidad presente e inmediata, a un dato práctico sensible, a una materialidad arquitectónica y, por otro lado, la ciudad en su carácter de “urbano” que refiere a la realidad social, a la vida cotidiana, a la lucha de clases que se desenvuelve en las ciudades. Pero la ciudad y lo urbano tienen una relación intrínseca: “La vida urbana, la sociedad urbana, lo ‘urbano’ no pueden prescindir de una base práctico-sensible, de una morfología (ciudad). O la tienen, o carecen de ella [...] Lo urbano no es un alma, un espíritu o una entidad filosófica” (Lefebvre, 1978, pp. 67-68). Así, tratar a la ciudad como una “esencia”, “vida”, “impulso vital”, “ente orgánico”, “sujeto” o “ente abstracto” sería perder de vista el aspecto más importante de la ciudad: que ésta es una realidad social, conflictiva, dinámica y determinada por las relaciones sociales.

Mientras tanto, Richard Sennett (2019) argumenta que en los primeros siglos del cristianismo el término *ciudad* designaba, por un lado, la ciudad celestial de Dios y, por otro, la ciudad de los hombres. Diferencia que había empleado San Agustín (2010) en *La ciudad*

³ Véanse también las entradas “Civilidad” y “Civilización” en el mismo diccionario *Vocabulario de las filosofías occidentales: diccionario de los intraducibles* (Cassin, 2018).

de Dios como metáfora del plan divino de la fe. Con el paso del tiempo esta distinción devino en una comprensión dicotómica de la ciudad como aquello que designa un espacio específico, (1) como espacio o territorio y aquella otra manera de comprender la ciudad como (2) la mentalidad o las creencias que ahí conviven. Ahora bien, esta diferencia se hizo patente en el idioma francés donde se habla o bien de *ville* o *cité*. Si bien, dicha distinción se hacía en relación al tamaño (*ville* designaba la ciudad en su conjunto y *cité* un lugar específico, lo pequeño) hacia el siglo XVI *cité* vino a significar la “naturaleza de la vida de un barrio” o “los sentimientos de la gente con sus vecinos y extraños o su apego a un lugar. En nuestros días *cité* se emplea para describir los lugares lúgubres y precarios a las afueras de la ciudad (Sennett, 2019, pp. 1-2). Ahora bien, lo que le interesa rescatar a Sennett es la distinción primaria que nos llevaría a comprender la ciudad, nuevamente, en dos sentidos: (1) entendida como el entorno construido, la estructura material y (2) la ciudad en tanto formas de habitar ese espacio material. Ambas concepciones se integran a nuestra propia noción de lo que es la ciudad.

El mito metropolitano

No hay actualmente una definición unívoca del concepto de ciudad. Las denominaciones particulares de la ciudad comprendida desde sus delimitaciones geográficas, de densidad y distribución de población no son suficientes. Sin embargo, para dar claridad conceptual al problema podemos afirmar que cuando hablamos de ciudad nos referimos a ambos sentidos antes esbozados: como una creación arquitectónica, material, proyección de los ideales de una sociedad sobre el terreno y, al mismo tiempo, como la dinámicas sociales y culturales

(civicas, civilizatorias) que se llevan a cabo en la ciudad y que le dan vida. La matización y posible diferenciación entre ciudad y lo urbano, entre arquitectura y relaciones sociales se tomará en cuenta en el segundo y tercer capítulo cuando tratemos el problema central de esta tesis: la destrucción de la ciudad.

Mientras tanto, es necesario retomar el hilo de nuestra discusión: la historia de la ciudad es al mismo tiempo la historia de la técnica. Ciertamente la ciudad ha hecho posible la materialización de los más altos valores de una cultura, como la fundación de instituciones políticas, económicas y militares, centros culturales, museos, academias y edificios sagrados que, en su conjunto, buscan albergar los avances de las culturas y las sociedades a lo largo de la historia. En el seno de la cultura Occidental, para ser precisos en la Grecia Clásica, se hizo hincapié en la diferencia ontológica fundamental entre el animal humano como ser racional, frente a otros animales. Aquello que distingue al ser humano es la cultura, el lenguaje y la razón. Pero para que esta distinción fuera posible fue necesaria la técnica. El mito de Prometeo representa magistralmente este hecho, y su representación excepcional es sin duda el *Prometeo encadenado* bajo la pluma de Esquilo.

El tema central en la tragedia de Esquilo (2001), como es sabido, consiste en el hecho por medio del cual Prometeo engaña a los dioses y les roba el fuego para dárselos a los *hombres*⁴ desencadenado su furia y siendo castigado por ello:

PROMETEO: [...] Mas a los desdichados mortales no tuvo [Zeus] en cuenta alguna, sino que quería, tras aniquilar su raza completamente, implantar otra nueva. A esto nadie

⁴ Comprendo lo problemático y machista que resulta que en la gran parte de la literatura y la filosofía occidental se emplee el término de *hombre*, en singular o plural, para designar al conjunto de la humanidad, para referir a los seres humanos. En este caso específico el término sirve para marcar la oposición dentro de la tragedia griega entre dioses y hombres.

se opuso excepto yo, mas yo me atreví: libré a los mortales, de aniquilados, encaminarse al Hades. [...] Evité que los mortales previeran su destino.

CORIFEO: ¿Qué medicina hallaste para esta enfermedad?

PROMETEO: Fundé en ellos ciegas esperanzas.

CORIFEO: Gran ayuda con ello regalaste a los mortales.

PROMETEO: Pues además de esto yo les concedí el fuego.

CORIFEO: ¿Y ahora tienen el fuego resplandeciente los seres efímeros?

PROMETEO: Gracias al cual aprenderán muchas artes (pp. 312-313).

Que el hecho más significativo de la tragaedia consista en que Prometeo otorgó a los mortales el fuego por medio del cual aprenderán muchas artes, quiere decir, haberles otorgado la técnica⁵ es el rasgo que más se ha resaltado en Occidente como su mito fundacional. Específicamente porque tiene una función que intenta dar sentido a la noción de civilización como lo que caracteriza al ser humano. La técnica y la ciudad, se entrelazan como factores fundamentales que llevaron a cabo la cultura y la transformación del ser humano en lo que es hoy en día. Pero sería muy optimista de nuestra parte suponer que la ciudad es transmisora de esos rasgos culturales y civilizatorios sin señalar sus consecuencias negativas para la vida humana y la vida natural. No se trata solamente de un mito, de literatura, sino de un proceso histórico con consecuencias reales para la vida humana y el mundo que vivimos.

En la Modernidad esta visión prometeica del mundo tiene sus propias configuraciones, sus propios artifices y sus consecuencias. Puesto que si bien es cierto que la ciudad acompaña el desarrollo de la técnica, y viceversa, resulta crucial comprender que a tal grado de

⁵ Para los griegos cuando se habla de arte se entiende desde luego técnica: del griego *τέχνη*, pasó al latín como *technicus* y al castellano como *techné*.

desarrollo urbano, de progreso tecnológico y civilizatorio, le acompaña un alto grado de violencia, destrucción y dominio no sólo de la naturaleza por el ser humano, sino el propio dominio del ser humano por la máquina. Esto es así porque en los propios fundamentos de la Modernidad se puso de manifiesto una oposición ontológica a la que subyace una forma de dominio, del ser humano hacia la naturaleza, por medio de la instrumentalización de la técnica. Desde la distinción cartesiana entre la subjetividad como principio fundamental de una nueva filosofía que promulgaba al *ego cogito* como principio indubitable de su sistema y que colocaba al sujeto en una oposición radical de dominio frente a la naturaleza, la *res extensa*, los fundamentos de una nueva ciencia empírica propuesta por Bacon en su *Novum organum*, en el siglo XVII, ve en la naturaleza su objeto de estudio, como un objeto que puede ser medido, experimentado y dominado. La ruptura orgánica del hombre en relación con la naturaleza y el posible colapso de la civilización que deriva del hecho mismo de lo que se consideró como un triunfo el dominio de la naturaleza por el hombre a partir de la técnica es un hecho que caracteriza la modernidad y el mito metropolitano que caracteriza la ciudad moderna.

¿Es la destrucción, la pérdida de la relación orgánica del ser humano con la naturaleza, el uso de la razón instrumental para el dominio, un signo característico de las ciudades modernas? Ciertamente es una cuestión central en nuestra investigación y un problema fundamental de nuestra época que se debe plantear al momento en que pensamos la ciudad contemporánea. Lewis Mumford al realizar una historia exhaustiva de la técnica en su vinculación con el desarrollo de la ciudad ha manifestado que un tema urgente al que se enfrenta la humanidad es tratar de descifrar “lo que el mundo moderno ofrece a la humanidad una vez que los hombres de buena voluntad hayan aprendido a dominar los mecanismos bárbaros y la barbarie mecanizada que ahora mismo ponen en peligro la existencia de la

civilización (Mumfor, 2018, p. 7). Lo que es cierto es que la guerra, la violencia y la destrucción de formas de vida han acompañado la historia de la humanidad mucho antes del advenimiento de la Modernidad. La excesiva confianza de la humanidad en la técnica moderna, y con ello, en la razón como capacidad de cálculo, de análisis y de operación vinculante entre el hombre y la naturaleza hasta crear las condiciones de la posible destrucción de todo lo que nos circunda, a pesar de que “en las teorías de los filósofos idealistas según las cuales la razón distingue al hombre del animal, teorías que degradan al hombre, se contiene la verdad de que el hombre se libera mediante la razón de las trabas de la naturaleza; pero no para dominarla, como ellos creen, sino para comprenderla. Cuando la razón que se supera a sí misma llega al final de su progreso, no le queda más que la recaída en la barbarie o el comienzo de la historia” (Horkheimer, 2000, p. 120). El problema de esta racionalidad de fines como principio de dominación en el mundo moderno fue explorada ya por una importante tradición de pensamiento que no podemos omitir. Hago referencia al extenso y rico desarrollo de Max Horkheimer en su *Crítica de la razón instrumental* donde articula una crítica a la civilización occidental moderna y a lo que años más tarde, junto con Theodor Adorno (2007) en la *Dialéctica de la ilustración* propone como un elemento fundamental de su filosofía crítica al concebir que la humanidad en lugar de alcanzar un verdadero progreso humano terminó por decaer en la mera barbarie (p. 11 y ss.). Y con ello me refiero también a toda una amplia filosofía o pensamiento crítico que no sólo integra a la denominada Escuela de Fráncfort cuyos representantes significativos, aunque no únicos, son los ya citados Adorno y Horkheimer, incluyendo a pensadores como Herbert Marcuse o Walter Benjamin, sino también me refiero a las filosofías críticas de la civilización, de la técnica y del mito de la ciudad metropolitana, así como del poder y de la crisis ecológica que

desarrollan específicamente Lewis Mumford o Georg Simmel. Autores con los que discutiremos el problema de la ciudad moderna e industrializada más adelante.

No obstante, si por Modernidad comprendemos un período específico de la historia de la humanidad que podemos datar concretamente en el siglo XVI donde se lleva a cabo la conquista, colonia y explotación de América, las Indias Orientales y África (Dussel, 1994), y que coincide con el inicio de un proceso de acumulación originaria para la conformación del sistema capitalista de reproducción,⁶ o en otros términos, con la explotación del Tercer Mundo, como señaló críticamente Rosa Luxemburgo en *The Accumulation of Capital* (1967) siguiendo de cerca los planteamientos de Marx, entonces comprendemos la Modernidad como un acontecimiento histórico vinculado con el desarrollo del capitalismo, con el advenimiento de la subjetividad como fundamento del mundo, de una ciencia moderna experimental y una tendencia claramente productora y creadora sin precedente en la historia de la humanidad, pero al mismo tiempo con una capacidad destructiva a nivel planetario sin precedentes en la historia. Entonces, es un hecho indiscutible que la pérdida de la relación orgánica del ser humano con la naturaleza, la apuesta total la instrumentalización de la razón calculadora para la explotación y dominio de la naturaleza y del hombre mismo son un signo característico de las ciudades modernas. Mumford (2018, pp. 20-21) sostiene que si se repasa el curso de la civilización occidental desde el siglo XV entonces queda claro que la integración mecánica y la ruptura social son fenómenos que han marchado en el mismo camino hasta nuestros días.

Las metrópolis de los siglos XX y XXI son resultado de este curso civilizatorio de la Modernidad y con ello un aspecto clave dentro de este proceso del desarrollo técnico: la

⁶ En lo que respecta al análisis de Marx en el capítulo XXIV, “La llamada acumulación originaria” del tomo I de *El Capital*.

industrialización. Asegura Lefebvre, (1978) “la industrialización caracteriza a la ciudad moderna” (p. 17). Pero también la urbanización le es inherente, como un proceso que impulsa a la ciudad a su desarrollo, a su producción de espacios al mismo tiempo que motiva la destrucción de espacios donde ella se desenvuelve. Procesos creativos y destructivos, paradoja que acompañará nuestro análisis a lo largo de esta tesis, pues en su núcleo se encuentra una fuerza productiva que nos permite entender que si bien es cierto que “por muchas funciones valiosas que haya afianzado la ciudad, es evidente que también ha servido, a lo largo de la mayor parte de su historia, como receptáculo de la violencia organizada y transmisora de la guerra” (Mumford, 2002, pp. 82 y 94). De hecho, una mirada al último siglo de la historia de las ciudades nos permitirían comprender que el gran desarrollo de las metrópolis de nuestros días fue consecuencia del desarrollo tecnológico impulsado por los procesos bélicos a escala planetaria que definieron el destino civilizatorio desde comienzos del siglo XX. Justamente, a esto nos referimos cuando enunciamos la paradoja que define la modernidad capitalista y a nuestras metrópolis contemporáneas: el proceso de construcción de rascacielos, de *smart cities*, de ciudades cuya tecnología desplaza cada vez más el contacto humano y la vida social, es respuesta, es la otra cara de la moneda de la violencia, de la guerra como constructora de ciudades que acompaña el proceso de producción y acumulación de capital sin precedentes del capitalismo tardío y que tiene lugar en las ciudades.

¿Qué procesos de producción y destrucción se llevan a cabo en la metrópolis moderna? ¿cómo se destruye una ciudad en la Modernidad? ¿qué consecuencias políticas, éticas y económicas tiene esta destrucción de las ciudades? ¿por qué un análisis de esta destrucción es conveniente para el pensamiento filosófico? En el fondo, nos interesa comprender las consecuencias sociales, éticas y políticas que tiene la vida urbana en un contexto de crisis civilizatoria como el nuestro. Al plantearnos estas preguntas buscamos comprender un

problema crucial para la filosofía persistente a lo largo de la tradición, desde la filosofía clásica platónica o aristotélica, cuando estos filósofos se preguntaban cuáles eran las mejores estructuras de organización política para la vida en común, llegando a afirmaciones como que el ser humano es un ser político y que en tanto tal, su vida sólo es posible en la polis, es decir, la ciudad-Estado.⁷ Desde Platón hasta Hegel “el Logos de la Ciudad griega no puede separarse del Logos filosófico. La obra de la ciudad se continúa y se concentra en la obra de los filósofos”.⁸

Este en realidad sigue siendo un problema central para la filosofía contemporánea y para los seres humanos en su vida política. Nos cuestionamos si la vida en las ciudades tal y como se desarrolla ahora es viable para la supervivencia no sólo del ser humano sino para la vida en general de este mundo y si no es así, qué herramientas tenemos a nuestro alcance para modificar este nuestro estar en el mundo. Para ello requerimos hacer primero un ejercicio crítico para develar las condiciones que hicieron posible la vida urbana tal y como la conocemos ahora; es necesario preguntarnos si esas condiciones responden a los intereses comunes de la mayoría de los habitantes de las metrópolis o si son intereses mezquinos, lo que explicaría la gran insatisfacción por la vida urbana actual. En síntesis, hago en los siguientes capítulos un ejercicio de reflexión filosófico para intentar comprender por qué el devenir de la vida moderna es cada vez más urbana y las consecuencias para la vida humana si, por inercia, la vida en comunidad dentro de las ciudades continúa respondiendo al régimen económico de producción actual.

⁷ La afirmación aristotélica de que “el hombre es por naturaleza un animal social” es una legitimación política y ontológica para dotar al hombre griego libre de la condición de ciudadano que vive en el marco de una ciudad-Estado (la *polis*), que practica de ciertas formas de vida y costumbres en tanto hombre civilizado en tanto que vive justamente dentro de la ciudad, en oposición a los no-ciudadanos (esclavos y extranjeros) y habitantes del campo, los bárbaros, Aristóteles, *Política*, 1982, 1253a.

⁸ Henri Lefebvre en el *El derecho a la ciudad* (1978) desarrolla profundamente argumentos sobre por qué la ciudad es el tema central de la filosofía occidental.

SEGUNDO CAPÍTULO.

URBICIDIO O LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD COMO
EXPERIENCIA DE LA MODERNIDAD CAPITALISTA

Industrialización, urbanización y fragmentación como destrucción de la ciudad y la vida urbana en los siglos XX y XXI

Como hemos visto en el capítulo anterior, el pensamiento crítico que ha pensado las condiciones económicas, políticas y sociales que hacen posible la explotación y la dominación bajo las dinámicas capitalistas dentro de las metrópolis modernas así como sus consecuencias para el sujeto moderno surgió en el seno de la filosofía social, esto es, de la incipiente sociología de finales del siglo XIX y principios del XX. Concretamente, hemos señalado los estudios derivados de la tradición marxista, de la sociología alemana, así como la teoría crítica desarrollada principalmente en la Escuela de Frankfurt. Y décadas más tarde, en el periodo de posguerra debemos a Henri Lefebvre, aunque no exclusivamente, la recuperación de la problemática urbana como una producción social, así como las implicaciones que tiene la conversión del valor de uso de la ciudad en valor de cambio, importante para comprender el problema de la vivienda, la especulación inmobiliaria y los procesos de urbanización capitalista.

En sentido estricto su contribución consistió en la recuperación de las categorías de la crítica de la economía política presentes un siglo antes en Marx y Engels. Introdujo además su análisis del espacio al análisis de las ciudades modernas en los contextos específicos del desarrollo del proceso de industrialización del capitalismo tardío, cabe destacar también su severa crítica a la arquitectura moderna y funcionalista que se consolida con el arquitecto y

urbanista francés Le Corbusier y que concebía al ser humano en su fragmentación de actividades fisiológicas y lúdicas, concepción que se intentará trasladar a la ciudad.⁹

La propuesta del espacio de Lefebvre se enfrenta a la tradición filosófica cuyas propuestas radicaban en la fetichización del espacio como espacio abstracto o como “cosa”, como una categoría *a priori*,¹⁰ como espacio desarticulado y carente de las formas sociales que lo integran. Por lo que pensar así la ciudad y su espacio fragmentado en sus últimas consecuencias nos lleva a pensar al espacio vacío, sin objetos, y otras veces a pensar los objetos sin espacio. Es tanta la diversidad de espacios en la Modernidad que se ha circunscrito el espacio real, el de la realidad social, a esquemas de pensamiento y categorías abstractas incapaces de definir la relación inmediata del sujeto productor con sus respectivas prácticas cotidianas en la ciudad. ¿De qué manera se escinde la relación real de la vida con el espacio (social)? La tarea consiste precisamente en develar esa escisión y en revertirla, al menos esa es la propuesta más reivindicativa de Lefebvre. Anticipamos esquemáticamente: en la Modernidad se han producido una multiplicidad de concepciones sobre el espacio mismos que dejan de lado un aspecto fundamental: el capitalismo tardío se proyecta sobre la apropiación de los espacios en tanto valor de uso para proyectarlos como valor de cambio en las dinámicas de expansión del capitalismo que requiere de nuevos mercados para

⁹ Recordemos la importancia fundamental que tuvo Le Corbusier en la arquitectura y el urbanismo en el siglo XX y su actual influencia. A partir de Le Corbusier se concibe la ciudad como un reflejo del hombre fragmentado en sus funciones: el hombre lúdico, el hombre que trabaja, el hombre que descansa y el hombre que se desplaza por esos ámbitos. Esa funcionalización de su proyecto futurista que practicó en algunas de sus obras, implicaba la ausencia de toda forma de relación humana, de contacto del cuerpo con el espacio al darle prioridad al uso del automóvil, véase Le Corbusier (2001) y su influencia en la creación de *La carta de Atenas* (CIAM, 1942). Le Corbusier detonará gran parte de las discusiones de Lefebvre en torno al habitar en tanto forma de apropiación del espacio mediante el cuerpo, de la reivindicación de la espontaneidad y el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1978).

¹⁰ En tanto condición para la captación sensible de los objetos en el caso específico de Kant, como deja ver en su *Crítica de la razón pura* (1978).

su expansión. Su impulso creativo de producción y de especulación para el nuevo mercado requiere, a su vez, de una expansión violenta y destructiva.

De acuerdo con Lefebvre el espacio se engendra simultáneamente a partir de la acción social, no deriva ni antecede, sino que coexiste y se produce de modo sincrónico a los acontecimientos sociales. Medio de las disputas de un poder político que busca controlarlo, poseerlo, distribuirlo, reubicarlo y, por consiguiente, controlarlo. Aspira a tener el control de las prácticas que ahí se producen. Aunque el espacio escapa a ese control. Se trata de un espacio real, producido sí, pero no como mercancía, al menos no es su totalidad:

[...] el espacio así producido sirve tanto de instrumento del pensamiento como de la acción; al mismo tiempo, que constituye un medio de producción, un medio de control y, en consecuencia, de dominación y de poder, pero que escapa parcialmente, en tanto que tal, a los que se sirven de él. [...] El espacio contiene relaciones sociales y es preciso saber cuáles, cómo y por qué (Lefebvre, 2013, p. 85).

Esas relaciones sociales de las que da cuenta Lefebvre, están totalmente vinculadas a la práctica del espacio antes que a su definición y conceptualización, como se ha dicho antes. El carácter de lo social adquiere un sentido relevante al definir los diversos tipos de espacialidad que Lefebvre reconoce, no se trataría de espacios escindidos, separados unos de otros, sino que forman ellos mismos una sola concepción espacial, aquí la conocida triada del espacio lefebvriano: *espacio percibido*, *espacio concebido* y *espacio vivido* son los conceptos que conforman una misma espacialidad, concatenada, que se dan en la simultaneidad de las acciones sociales, de los sujetos.

El *espacio percibido* es el espacio que se vive y se produce por la sociedad en su acontecer de la vida, “la práctica espacial de una sociedad se descubre al descifrar su espacio” lo cual nos permite considerar que cada época, cada sociedad en determinada temporalidad y espacio geográfico determinado configura su espacio en relación, al mismo tiempo, a su modo de producción económica. Por lo cual, la época Moderna configuraría su propio espacio percibido y por consiguiente su práctica espacial. “¿En qué consiste la práctica espacial bajo el neocapitalismo?” se pregunta Lefebvre, pues bien, lo que distingue a la práctica espacial moderna en el capitalismo tardío es la tensión del habitante, trabajador, obrero, de la periferia que le representa el uso de su tiempo en el perpetuo y monótono traslado de su casa al trabajo, o de su casa a los lugares de ocio en su vida privada (Lefebvre, 2013, p. 97).

El *espacio concebido* nos remite al espacio mental, articulado en la razón y los signos de apropiación lingüística y especializada y academicista de “los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas fragmentadores, ingenieros sociales y hasta el de cierto tipo de artistas próximos a la cientificidad”, es el espacio predominante en la sociedad (Lefebvre, 2013, p. 97). Ahora bien, las representaciones del espacio al ser articulado por un saber técnico específico de una disciplina intelectual o práctica, está penetrado por un saber, “mezcla de conocimiento e ideología”, asegura Lefebvre, y a pesar de que las representaciones del espacio engendran una práctica social y política, éstas están subordinadas a “una lógica que tarde o temprano les hace estallar debido a su incoherencia” (Lefebvre, 2013, p. 100).

El *espacio vivido*, “trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar”, consiste en la afección física del entorno y nuestra capacidad de proyectar sobre esos espacios nuestros deseos, nuestras disposiciones, articulando esos deseos por medio de símbolos y signos no verbales (Lefebvre, 2013, pp. 97-

98), y solo en ese sentido se comprende que esos espacios de representación, jamás se someten a las reglas de la coherencia, ni tampoco a las de la cohesión (Lefebvre, 2013, p 102).

Técnicamente la ciudad y su espacio es producido, no es una obra de arte o de la naturaleza, se concibe gracias a las técnicas sofisticadas, a un conocimiento y al trabajo (esfuerzo) colectivo de los sujetos. La ciudad concebida así tiene una intención: la de ser el resultado, la sinergia de la capacidad humana para la vida en común y resultado, al mismo tiempo, de las fuerzas económicas productivas que la construyen con un fin. Por otra parte, ¿se puede realizar una distinción tajante entre obra y producto? Parece que no, al menos tienen algo en común y es que ambas ocupan un espacio, requieren de él.

Toda obra ocupa un espacio, lo engendra, lo elabora. Todo producto ocupa asimismo un espacio y circula por él. ¿Cuál es la relación entre estas dos modalidades de ocupación del espacio? [...] No hay, pues, ninguna razón para establecer una distinción radical entre la obra de arte y el producto hasta plantear la trascendencia de la obra (Lefebvre, 2013, p. 133).

El lugar del espacio natural en la concepción del espacio social lefebvriano tiene un lugar fundamental toda vez que se recuerde que el espacio natural es antes que todo, pre-capitalista es decir que existe antes de las condiciones capitalistas que permiten su explotación. La relación afectiva que las antiguas civilizaciones mantenían con la naturaleza, como espacio vital para la vida, deidad femenina, madre naturaleza, pacha mama, fue olvidada en la tradición Occidental moderna. La apropiación que la Modernidad y el modo de producción capitalista han elaborado en torno a ella dista bastante de una concepción nostálgica, y la

piensa, más bien, en términos de recurso a disposición, materia prima, riqueza natural, fuente inagotable, de estatus pasivo, a la espera de ser explotada, saqueada. A pesar de ello el espacio natural está a la base del espacio social, es su trasfondo, su “punto de partida”: “Mito poderoso, la naturaleza torna en mera ficción, en utopía negativa: es considerada meramente como la materia prima sobre la que operan las fuerzas productivas de las diferentes sociedades para forjar su espacio” (Lefebvre, 2013, p. 90).

Ante esta idea, de que cada sociedad es capaz de forjar su espacio propio, debemos plantearnos la siguiente pregunta ¿cuál es el espacio que caracteriza a nuestras ciudades contemporáneas? ¿Cuál es el espacio concebido por la Modernidad y su sistema de producción actual, el capitalismo tardío?

Si nos preguntamos por el espacio concebido por la Modernidad y por su sistema de producción, el capitalista, habría que plantear al menos dos paradigmas en lo que se intenta producir ese espacio. Por un lado, el espacio de la modernidad se comienza a forjar principalmente con Descartes, en la época contemporánea ese espacio es legitimado por el programa de la arquitectura moderna representada por Le Corbusier sobre las ciudades postindustriales, para ello habría que plantear un breve camino histórico para poder explicar la génesis de ese espacio concebido moderno en las ciudades a partir del origen de las ciudades industriales. Todo parece indicar que estos han producido el espacio abstracto, un espacio que aspira a la homogeneidad.

La razón por la cual podemos llamarlo “espacio abstracto” es porque tiende hacia la homogeneidad, reduce las diferencias o particularidades existentes mientras que el nuevo espacio no puede surgir (o producirse) sino acentuando las diferencias. Lo que ese espacio abstracto separa resulta unido en virtud del nuevo espacio diferencial: las funciones, los elementos y momentos de la práctica social. Acabará con las localizaciones que quiebran la

unidad del cuerpo (individual y social), del cuerpo de necesidades, del cuerpo del conocimiento. En cambio, distinguirá lo que el espacio abstracto tiende a confundir, entre otras cosas la reproducción social con la genitalidad, el placer con la fecundidad biológica, las relaciones sociales con las relaciones familiares (cuando una diferenciación cada vez más indispensable los discierne; por ejemplo, el espacio de la gratificación, si se produce, no tendrá nada en común con los espacios funcionales, en particular con el espacio de la genitalidad: las células familiares y su inserción en los cubos superpuestos de los “modernos” edificios, las torres residenciales, los polígonos “urbanos”, etc.) (Lefebvre, 2013, pp. 110-111).

El origen del capitalismo, como proyecto económico, político, social y del urbanismo, como su forma de organizar el espacio de la ciudad, fijó el rumbo de las ciudades contemporáneas a partir de la revolución industrial. Esta revolución industrial es justificada, a la vez, por las teorías económicas de Adam Smith, de Jeremías Bentham y Stuart Mill, el primero formuló los decretos para la eficiencia de nuevos modos de producción a partir de la subdivisión del trabajo, la aceleración de la producción y, con ello, la aceleración de los desplazamientos de las mercancías. Un descubrimiento fundamental en esta época fue, como se sabe, el de las máquinas a vapor, principal incentivo de transportes como la locomotora y de maquinaria pesada industrial que se comienzan a establecer en zonas específicas en determinadas ciudades, principalmente en las costas, facilitando el traslado de las mercancías por vías marítimas.

Al asentarse la industria comienzan a emerger zonas específicas dentro de la ciudad, consideradas, precisamente, zonas o ciudades industriales. Las ciudades donde principalmente se establecieron las industrias Manchester, Liverpool, Hamburgo, Amberes, New York, Baltimore, entre las más importantes, éstas crecieron esporádicamente y se

convirtieron pronto en las grandes ciudades con destacados crecimientos económicos pero también como centros culturales de los siglos XIX y XX (Chueca, 2001, p. 196). No está de más decir que el nuevo sistema de producción para ser tan eficiente y producir en las exigentes cantidades demandadas, requirió de mano de obra humana. En cuanto esta fuerza humana fuera desvalida, miserable y mal pagada era mejor porque implicaba mayores ganancias.

Esto interesa particularmente para este trabajo, se debe tener presente que el advenimiento de las ciudades industriales y su crecimiento urbano estuvo vinculado estrechamente, en un primer momento, con la segregación social, el debilitamiento de las formas de vida y la precarización de los sectores poblacionales obreros. Aspectos que se transformará por un interés de mejorar las condiciones de vida como un proceso de beneficio para el capitalismo como modo de producción. Es necesario tener en cuenta los siguientes aspectos, las estructuras espaciales urbanas incentivadas por el nuevo sistema de producción que avanzaba desmedidamente culminó en la segregación social, en la formación de barrios urbanos llenos de precariedad y destinados a los sectores poblacionales explotados en las fábricas.

El desarrollo de las ciudades industriales se vio acompañado del establecimiento de mecanismos para regularizar la vida de estos nuevos sectores sociales que eran las clases obreras urbanizadas. En este contexto el Estado propicia sistemas de prestaciones de seguridad social, el establecimiento de derechos a las viviendas, seguro contra enfermedades, creación de infraestructura urbana y de saneamiento público para mantener al menos las condiciones mínimas de vida entre la población que se aglomeraba cada vez más en las nuevas ciudades industriales y alrededores.

Sin embargo, a pesar de estas pretensiones de organización de los nuevos espacios urbanos para la población recién llegada a los centros industriales se vio rebasado por el crecimiento demográfico radical e incontrolable que trajo serias consecuencias. Durante el siglo XIX, para ser más precisos, entre 1800 y 1880 los movimientos migratorios provocados por la Revolución industrial incrementaron la población de las principales ciudades industriales, entre ellas Londres en un 380%, se estima que la de la población de Berlín creció un 765 % mientras que la de Nueva York creció un 2000% pasando de 60,000 a 1,200,000 habitantes (García, 2016, 14). Esto implicó que los migrantes, todos campesinos o habitantes de zonas rurales que llegaban a establecerse a los nuevos centros urbanos económicamente productivos colapsaran la infraestructura urbana, con ello también los servicios públicos por lo que las condiciones de vida se precarizaron, por lo que la media de vida de un trabajador, un obrero promedio, era de tan sólo 29 años (García, 2016, 14).

La industrialización de las ciudades en los últimos dos siglos transformó completamente la ciudad así como la vida urbana en un periodo decisivo para la historia de la humanidad. Este decisivo cambio trajo como consecuencia, al mismo tiempo, serios problemas de crecimiento y planificación del espacio y la vida urbana. Aunque, por supuesto, no todas las ciudades pasaron por el mismo proceso de industrialización podemos identificar elementos comunes a las ciudades industriales, entre ellos, que éstas permitieron la concentración de los medios de producción: útiles, materias primas y particularmente la concentración de “la mano de obra”, un “ejército de reserva del proletariado”, sobre un limitado espacio (Lefebvre, 1978, p. 22).

La nueva concentración radical e insostenible de la población en centros urbanos cuya infraestructura estaba rebasada y colapsada ligado al debilitamiento de las fuerzas productivas de la población que moría precariamente, trajo consecuencias negativas al

sistema de producción. Los trabajadores no rendían al máximo, no eran capaces de entregar a las fábricas toda su fuerza vital, en cierta medida porque su vida precaria y llena de enfermedades se los impedía, o porque el derroche de fuerzas estaba canalizado por otros medios improductivos como el ocio o el tiempo que implicaba trasladarse desde los hogares hasta los centros de trabajo. Con el fin de regular estas fuerzas y hacerlas más productivas se crearon las condiciones para que el capitalismo extendiera su dominio del mercado convirtiendo todas las partes de la ciudad en un producto negociable. El principal acierto de esta nueva visión económica que proyectaba en la ciudad una fuente inagotable de futuras inversiones, consistió en la construcción de vías y carreteras para transportar rápidamente las mercancías de un sitio a otro pero también para acelerar el paso de la mano de obra desde los barrios hasta los sitios de trabajo.

Junto con el crecimiento vertiginoso de las ciudades, la concentración de los ciudadanos principalmente obreros en espacios limitados y deplorables, gérmenes de conflictos y enfermedades, la ciudad también comienza a fragmentarse en su localización y funcionalización. La fragmentación del espacio social de la ciudad será defendida por la nueva arquitectura moderna que tiene entre sus principales representantes al arquitecto y urbanista francés Le Corbusier quien estaría a cargo de elaborar una representación del espacio tecnicista, científicista e intelectualizada. Ese espacio concebido articulado por la razón moderna en los códigos especializados de la arquitectura y el nuevo urbanismo impondrá *bloques*, conjuntos habitacionales, *hábitats* específicos para la clase obrera. Con apego a los principios de la Modernidad, asistimos la fragmentación del espacio y a la homogeneidad de la ciudad:

El espacio de la “modernidad” posee caracteres precisos: homogeneidad-fragmentación-jerarquización. Tiende hacia lo homogéneo por diversas razones: la fabricación de elementos y materiales, análogas exigencias de los intervinientes, los métodos de gestión, de control, de vigilancia y de comunicación. Homogeneidad, pero no de plan ni de proyectos. Falsos “conjuntos”, en realidad aislados. Pues paradójicamente (otra vez) este espacio homogéneo se fragmenta en lotes, en parcelas, se desmigaja. Lo cual termina produciendo guetos, clausuras, grupos unifamiliares y pseudo-conjuntos mal vinculados con los alrededores y centros urbanos. Con una jerarquización estricta: espacios residenciales, espacios comerciales, espacios de ocio, espacios para marginales, etc. Gobierna una curiosa lógica de este espacio que la anuda ilusoriamente a la informalización. Y que oculta bajo su homogeneidad las relaciones “reales” y los conflictos (Lefebvre, 2013, p. 58)

La fragmentación, división y especialización del espacio social de la ciudad se corresponde perfectamente a la forma de especialización técnica del trabajo de las fábricas que las sociedades capitalistas han generado. La visión de la subdivisión del trabajo se trasladada con éxito al espacio social, este es el trabajo que los tecnócratas y especialistas, urbanistas entre ellos, se han encargado de conseguir. ¿Cómo se lleva a cabo esta fragmentación y separación del espacio urbano? ¿qué implicaciones tiene para la metrópolis y la vida urbana? ¿a qué intereses responde dicha fragmentación y separación?

Fragmentación social en las metrópolis modernas

Los diseños de grandes espacios para conglomerar a la fuerza de trabajo de la ciudad se concibieron como espacios homogéneos y alejados unos de los otros: en un lado se habita, en otro se produce y en otro más se consume. Las grandes distancias que deben recorrer los trabajadores para llegar a sus trabajos es parte de una administración planificada del tiempo y del esfuerzo del sujeto productor. El automóvil ocupa un lugar esencial en esta lógica de desplazamiento; sólo mediante vehículos motorizados es posible trasladarse a distancias inconmensurables, distancias imposibles de recorrerse por las capacidades corporales del ser humano. Junto con el automóvil cuya función era acotar las distancias estructuralmente planificadas en el diseño de las ciudades modernas, los medios de comunicación de masa a larga distancia, como la televisión, promovieron una forma de “comunicación” humana a distancia. Pero estos medios de comunicación de masa también posibilitaron la constitución de sistemas de poder corporativo y totalitarios manipuladores de la ciudad contemporánea y de la población de masas.

Lewis Mumford (2012), estudiando el progreso de la técnica y de la ciudad y analizando la cultura estadounidense y europea, puso de manifiesto que un rasgo constitutivo y paradójico de las sociedades modernas es que la vida en las grandes ciudades se concentra en grandes conglomerados de habitantes, pero en realidad su modo de vida es individualista y solitario, para ello empleó el término de “muchedumbre solitaria moderna”. Son estas mismas muchedumbres solitarias modernas las que conforman la sociedad del espectáculo. Es precisamente esta la gran paradoja de las tecnologías de la comunicación: las redes que se suponían que pondrían en relación a los sujetos modernos distanciados por enormes

distancias ha creado en relación la destrucción eminente de la sociabilidad y el contacto humano.

Decíamos que el modo de producción actual es posible gracias a las condiciones de la distribución de las mercancías en un espacio de libre tránsito proporcionado por la homogeneización del espacio de las metrópolis. La fragmentación, división y especialización del espacio social de la ciudad se corresponde perfectamente a la forma de especialización técnica del trabajo de las fábricas que las sociedades capitalistas han generado. La visión de la subdivisión del trabajo se traslada con éxito al espacio social, este es el trabajo que los tecnócratas y especialistas por medio del urbanismo moderno se han encargado de conseguir: “El urbanismo es la realización moderna de la tarea ininterrumpida que salvaguarda el poder de clase: el mantenimiento de la atomización de los trabajadores que las condiciones urbanas de producción habían reagrupado peligrosamente” (Debord, 2013, p. 99, tesis 172).

Las ciudades industriales, por sus cualidades estéticas desempeñan un importante papel en su mantenimiento, además de monumentos, sedes de instituciones, contienen espacios adecuados para fiestas, desfiles, paseos, esparcimientos y sus espacios urbanos pasan a ser consumos de alta calidad para los extranjeros y turistas y también de los habitantes de la periferia. En este proceso las ciudades se convierten en centros de consumo. En términos económicos se diría que el valor de uso (espacios para vivir) termina siendo suprimido por el valor de cambio (espacios para vender) (Delgado, 1999, p. 203). La producción de ciudades para el turismo representa un ejemplo claro de cómo una ciudad puede ser desarticulada de su significado histórico, y se le convierte en un espacio homogéneo, cuyas prácticas espaciales y sociales quedan limitadas al tránsito y a la admiración, a su consumo. Cuando la ciudad histórica se torna objeto de consumo cultural, esto es, cuando se deja de aprehender por medio de las prácticas espaciales, cuando se deja de comprender cálidamente

como forma de apropiación, la ciudad se torna un “objeto pintoresco”, en ese momento, la ciudad está muerta.

Si bien es cierto que la ciudad, pensada aquí como un conjunto organizado de estructuras arquitectónicas, monumentos, espacios representativos en tanto que son soporte de la memoria y de la historia de una sociedad, cuando estos espacios son vaciados de su contenido comunitario y ritual, se convierten en monumentos vacíos, cuyo único sentido es que se erigen como objetos visibles dignos de admirar pero pierden en lo fundamental su sentido de apropiación de los cuerpos espaciales. Tal es el caso de las ciudades emblemáticas, destinadas al turismo mundial, al vaivén de un ir y venir sin sentido de los turistas que transitan de un lugar a otro sin verdaderamente apropiarse de esas dinámicas sociales que constituye la vida en una ciudad. La producción de ciudades para el turismo representa un ejemplo claro de cómo una ciudad puede ser desarticulada de su significado histórico, y se le convierte en un espacio homogéneo, cuyas prácticas espaciales y sociales quedan limitadas al tránsito y a la admiración, a su consumo. Cuando la ciudad histórica se torna objeto de consumo cultural, esto es, cuando se deja de aprehender por medio de las prácticas espaciales, cuando se deja de comprender cálidamente como forma de apropiación, la ciudad se torna un “objeto pintoresco” (Lefebvre, 1978).

En estas coordenadas, lo mismo da si se visita una ciudad como Nueva York, París, Ciudad de México o cualquier otra, estar ahí y someterse a las prácticas de consumo como turista, visitar los lugares que todos conocemos por medio del imaginario social, fotografiarnos ante los monumentos más emblemáticos, consumir algún producto de fama local no nos permite conocer la ciudad a su profundidad, simplemente habremos estado en un espacio que si bien es diferente, nuestra percepción de ese espacio habrá sido sensorialmente limitado y nuestra práctica espacial en él constreñida al espacio concebido

por el capital: “El turismo en muchas ciudades solo se ha convertido en un activo económico cuando la vida urbana ha sido reducida a un ir y venir sin sentido, es decir, cuando esas ciudades se han vuelto prácticamente inhabitables” (Agulles, 2017, p. 17).

Esa inhabitabilidad de las ciudades es regida también por una “Lógica de la visualización” que consiste en una forma articulada, a veces consciente o inconsciente de construir una “orgullosa verticalidad de las casas-torre” de los edificios habitacionales, de edificios de uso administrativo o también llamados edificios públicos. La verticalidad proyectada así representa, en términos de Lefebvre (2013) una “arrogancia fálica o más bien falocrática”: “El propósito de este despliegue es exhibirse, dejarse ver, pero con la intención de que cada espectador perciba ante todo la autoridad. Lo vertical y la altura representan siempre la expresión espacial de un poder capaz de emplear la violencia” (p. 153). En cambio, la reivindicación de esas ciudades de turismo viene desde sus propios habitantes. Que la conocen, la viven, la conciben, la imaginan y la practican de modo esencial en su espontaneidad corporal en la vida cotidiana: “Uno reconoce a un verdadero habitante de una ciudad cuando la crítica con ironía, desmiente sus encantos, evita los lugares monumentales y la condena con una pasión que nos resulta familiar: la de aquellos que se aman” (Agulles, 2017, p. 17).

La metrópolis o la “máquina para habitar”

El gran logro de Le Corbusier, en su faceta de urbanista, fue el haber articulado los principios para un nuevo urbanismo que pulula por todo el mundo, basado en la fractura del espacio, en la producción de complejos arquitectónicos que visiblemente son superiores, pero en su

practicidad simplemente son inútiles e innecesarios. En suma, a Le Corbusier y al urbanismo moderno, se le debe, junto con el respaldo del modo de producción capitalista, la homogeneidad del conjunto arquitectónico concebido como “máquina para habitar”. La cuestión se debate ahora entre la producción de un hábitat en lugar de espacios para habitar. Distinguir entre habitar y habitat es importante, toda vez que la ciudad fragmentada es una forma de destrucción de la ciudad en sentido de habitar. Habitar, asevera Heidegger (1994) es estar en relación con lo que se construye. Esa construcción se convierte en el espacio en el que la vida puede dejar huella (Illich, 1983).

Habitare (habitar) es frecuentativo de *habere* (tener). Frecuentativo refiere al hecho reiterado de tener algo, como lo es un lugar en el que se vive. Vivir de modo reiterado en un lugar nos permite apropiarnos de ese espacio, sellarlo con nuestra manera de vivir, impregnarlo de nuestra manera de ser en el mundo y, por consiguiente, decimos que habitamos ese espacio. Ese impregnar nuestra conducta en el espacio genera hábitos, modos de ser. A decir del propio Heidegger, el habitar es “la manera según la cual los hombres somos en la tierra”: “El construir como el habitar, es decir, estar en la tierra, para la experiencia cotidiana del ser humano es desde siempre, como lo dice tan bellamente la lengua, lo ‘habitual’” (Heidegger, 1994, p. 129). Vemos entonces que la relación entre construir y habitar va más allá de la relación medio-fin. Habitar y construir, en su relación esencial está dada por un cuidar lo que se construye, en cierto sentido es similar al cuidado de un cultivo del que se resguarda hasta que florece y por otro lado por un edificar que consiste en construir o erigir edificios. Construir un entorno implica captar las manifestaciones más profundas de la cultura, de la historia y de la vida humana y preservarla a través del tiempo: “Las estructuras de la ciudad capturan y preservan el tiempo de igual modo que lo hacen las obras artísticas o literarias. Los edificios y las plazas nos permiten

regresar al pasado y experimentar el lento ritmo curativo de la historia” escribe Pallasmaa (2016, p. 60).

Pero vivir en una casa previamente diseñada, en un espacio constreído a 3 metros cuadrados sin un centímetro de espacios naturales y sin espacios para la recreación humana deja mucho que desear al concepto de habitar. Vivir alojado en un espacio no es habitar, mucho menos cuando se pretende que todos habiten en un espacio homogéneo. Illich, por otro lado, en este sentido es capaz de producir una crítica al problema de la nueva vivienda que las ciudades industriales y modernas generan:

Nunca se vivió del mismo modo en dos lugares distintos del mundo, y por eso nunca se construyó ni se habitó del mismo modo. [...] El desarrollo económico ha impedido por doquier, y quizá ha hecho de todo imposible, una vida activa creadora de espacios habitables. El desarrollo económico ha cubierto de cemento el mundo habitable. El medio ambiente se ha vuelto tan duro que nuestros cuerpos ya no pueden marcar en él su impronta. Así, pasamos por la vida sin dejar huella (Illich, 1983, s/p).

El problema advertido por Illich es completamente relevante, en varios sentidos. Pone de manifiesto el problema del habitar en un contexto contemporáneo vinculado a la producción de las nuevas ciudades a partir de diseños de construcción predeterminados en una lógica de la masificación. Por supuesto se trata de una acción comprensible para el problema de escases de vivienda en las ciudades de posguerra. Se podrá argumentar, “qué más da, para alguien que no tiene casa le viene bien vivir bajo un techo, qué importa que sea en un lugar así”. El problema es más complejo. Tiene que ver con una estructura racional que intenta limitar y constreñir la vivienda, homogeneizándola al mismo tiempo que limita la diversidad de formas

de vivir el espacio y habitar. Remite a la lógica originada con el nacimiento de las ciudades industriales y proyectadas después con el urbanismo moderno que se distinguirá por la funcionalización y fragmentación del espacio de la ciudad:

Sólo en una medida muy limitada se nos permite aún habitar a los hombres de la era industrial. Por lo general, en vez de habitar, somos simplemente alojados. Los alojamientos se nos dan ya planificados, construidos y equipados; en el mejor de los casos, podemos instalarnos entre cuatro paredes alquiladas o compradas mientras no clavemos en ellas ningún clavo. La habitación se ve reducida de la condición de garaje: garaje para seres humanos en el que por la noche es amontonada la mano de obra cerca de sus medios de transporte. Con la misma naturalidad con la que se envasa la leche en cajas de cartón se nos acomoda a las personas por parejas en los garajes-vivienda (Illich, 1983, s/p).

Las nuevas formas de vivienda determinan una experiencia moderna de la existencia en la que la experiencia de habitar es nulificada. Las ciudades con su fragmentación y con su homogeneización destruyen la vida social, destruyen la ciudad misma y las capacidades espontáneas del ser humano para vivir. Es por ello que consideramos los procesos de urbanización y fragmentación del espacio dentro de las dinámicas capitalistas como una forma de destrucción de la ciudad y de la vida urbana.

*Urbicidio o la muerte de la ciudad como experiencia de la Modernidad:
Marshall Berman y la génesis del concepto*

Marshall Berman, filósofo marxista newyorkino, es autor de *All That is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity*, 1982, título que alude a una vieja y conocida expresión incluida en el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. En este libro Berman analiza la vorágine que representa y alimenta la vida moderna. Se cuestiona, estupefacto sobre las relaciones paradójicas que la modernidad trae consigo: la relación entre las estructuras económicas del modo de producción capitalista y las relaciones sociales en la vida cotidiana, entre los avances del progreso tecnocientífico y las formas en que los sujetos se conciben a sí mismos mediante esos descubrimientos, entre las nuevas formas del poder corporativo y la lucha de clases; se cuestiona sobre lo paradójico de la modernización y la industrialización como fuerzas productivas de la modernidad capitalista que tiene puesta su mirada en el futuro y al mismo tiempo, piensa cómo esas fuerzas son, al mismo tiempo, fuerzas destructivas de un orden urbano históricamente concebido.

¿En síntesis, qué significa ser moderno? Se cuestiona Berman al inicio de su libro, y responde:

To be modern is to find ourselves in an environment that promises us adventure, power, joy, growth, transformation of ourselves and the world —and, at the same time, that threatens to destroy everything we have, everything we know, everything we are. Modern environments and experiences cut across all boundaries of geography and ethnicity, of class and nationality, of religion and ideology: in this sense, modernity can be said to unite all mankind. But it is a paradoxical unity, a unity of disunity: it pours us all into a maelstrom of perpetual disintegration and renewal, of

struggle and contradiction, of ambiguity and anguish. To be modern is to be part of a universe in which, as Marx said, “all that is solid melts into air” (Berman, 1982, p. 15).

Estas contradicciones acompañan constantemente el pensamiento de Berman, y no es para menos, en el centro de su quehacer filosófico se encuentra una reflexión genuina por aquello que caracteriza la vida cotidiana en el mundo moderno, llena de contradicciones que el propio capitalismo tiene como sistema de reproducción económica y de producción social, mismas que parecen superarse todo el tiempo. Berman se interesa particularmente sobre las nociones de Modernidad y modernización.

Modernidad designaría a un proceso de crecimiento urbano acelerado, de la impronta de medios de comunicación de masas, del surgimiento de estados nacionales fascistas y poderosos que tejen sus redes en los espacios más íntimos de la vida humana, designaría la concentración de un poder militar y burocrático institucionalizado en las metrópolis, designa el poder económico de grandes empresas que expanden sus mercados y designaría también procesos de expansión urbana, todo ello usando como instrumento violento la expansión material y de dominio simbólico sobre los sujetos modernos bajo el proceso de modernización o modernismo: “These world-historical processes have nourished an amazing variety of visions and ideas that aim to make men and women the subjects as well as the objects of modernization [...] Over the past century, these visions and values have come to be loosely grouped to ether under the name of ‘modernism’” (Berman, 1982, p. 15).

El contexto en el que Berman escribe este libro es fundamental, escribe en la nueva York de la década de 1980. Desde veinte años atrás Nueva York y otras grandes ciudades de los Estados Unidos y otras ciudades industrializadas en Europa están sufriendo grandes

transformaciones urbanas y políticas públicas. Un ejemplo de ello es la construcción de una autopista en el norte de la isla, específicamente en el distrito del Bronx, donde Berman había vivido prácticamente toda su vida (salvo el periodo en que realizó sus estudios en Oxford, bajo a tutela de Isaiah Berlin). De acuerdo con el autor, la construcción de esta autopista generó que al menos 300,000 personas quedaran sin hogar:

La destrucción física y social del South Bronx comenzó con la construcción de la supercarretera Cross Bronx a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, que se extendió gradualmente desde el sur hacia la autopista y desde el norte hasta la supercarretera Bruckner, a fines de los sesenta. Luego, a principios de los setenta la desintegración se difundió a un ritmo espectacular, devorando casa por casa y cuadra por cuadra, desplazando a miles de personas lejos de sus hogares como una plaga inexorable (Berman, 1985, p. 1).

En este contexto Berman asume el compromiso de intentar comprender el modo en que bajo las categorías de modernización y modernismo el capitalismo impulsaba estos desarrollos urbanos a costa del despojo y la destrucción. Años más tarde de escribir su libro *All That is Solid Melts Into Air*, en 1987 Berman escribe un artículo “Among the ruins” en el que narra esta experiencia de destrucción haciendo una descripción, en cierto sentido hasta fenomenológica de lo que significó, en sentido afectivo, pero también en sus implicaciones políticas la destrucción del Bronx por parte de Robert Moses, quien dirigió estas políticas. Aquí, Berman escribe: “These stricken people belong to one of the largest shadow communities in the world, victims of a great crime without a name. Let us give it a name now: *urbicide*, the murder of a city” (Berman, 1987), *urbicidio* es la muerte de la ciudad.

Tres lustros antes, en 1972 la urbanista Ada Louise Huxtable había hecho lo propio con el mismo término en su libro *Will They Ever Finish Bruckner Boulevard? A Primer on Urbicide*. En el que irónicamente criticaba los procesos de destrucción de vecindarios enteros en el Bronx, aunque en este caso para la construcción del Boulevard Bruckner (*Bruckner Expressway*). Como podemos ver, el concepto de urbicidio en este sentido está directamente vinculado a los proyectos modernistas y capitalistas, pero asociado también al desplazamiento premeditado de sectores poblacionales específicos (negros, latinos, judíos), principalmente pobres en este distrito de Nueva York. Los proyectos llevados a cabo por Robert Moses han derivado en la discusión y atribución de estudios urbanos y económicos bajo interpretaciones diversas entre las que destacan la gentrificación. Más adelante volvemos a esta idea.

Aunque la postura de Berman con respecto a los procesos de destrucción de los edificios del Bronx tienen en el centro de su tematización a la ruina como resultado de las prácticas de los proyectos modernos de renovación urbana. En todo momento es posible advertir el modo en que Berman sitúa su experiencia personal ante este proceso de destrucción. A través de la memoria y los recuerdos Berman reconstruye aquello que ahora está en ruinas:

El South Bronx, lugar donde pasé mi infancia y mi juventud es, en la actualidad, uno de los más grandes y recientes conjuntos de ruinas en el mundo, exceptuando a Beirut. [...]
Cada vez que veía o escuchaba algo sobre la destrucción de otra huella de mi vida- las calles en las que jugué, las casas donde vivieron mis amigos y parientes, las escuelas, las

tiendas, las sinagogas- sentía como si me arrancaran un pedazo de carne (Berman, 1985, p. 2).

Cuando Berman regresó a su vecindario se encontró con el barrio donde había crecido en ruinas. La escena debió ser desoladora, todas las vivencias afectivas y sus recuerdos de los espacios en los que desarrolló una parte fundamental de su vida, su infancia, habían sido demolidos o incendiados. El neoyorkino narra que al volver al Bronx para buscar el que fuera su hogar, le suscitó una experiencia completamente horrorosa y conforme se acercaba a la dirección que buscaba el panorama se le mostraba más oscuro al suponer que posiblemente su antiguo hogar también había sido destruido. Quizás este sea un aspecto sumamente relevante a destacar de Berman, al hacer énfasis en relacionar la destrucción de una ciudad con el sentido afectivo y de pertenencia de la identidad de una persona con su espacio de vida que es la ciudad, lo que logra es recalcar ese vínculo fundamental del ser humano con su espacio de vida. La ciudad deviene una fuente afectiva y lugar de referencia del hombre en este mundo. Da soporte, brinda calor, por eso un edificio se convierte en un hogar, que brinda calor y protección de la intemperie.

Ciertamente comprende otra contradicción de la Modernidad: a lo largo de la historia de la civilización las ciudades, en tanto centros que aglomeran y hacen posible la cultura son también los espacios donde la barbarie tiene lugar, la ciudad se erige pero asimismo la ciudad deviene ruina:

Si existe una colectividad cuyas comunidades físicas y emocionales fueron destruidas, ésta se extiende no sólo en el espacio -desde Brooklyn y el Bronx hasta Belfast, Beirut, Bangladesh y demás- sino también en el tiempo. Desde que la gente vive en ciudades ha

sido acechada por las ruinas. No es difícil saber por qué. Toda ciudad es una obra humana de construcción y cooperación; pero todo lo construido puede destruirse y los hombres que trabajan juntos pueden enfrentarse y destruir lo que edificaron. Una ciudad es una de las primeras y más duraderas expresiones del orgullo colectivo, pero todos padecemos lo suficiente como para saber qué pasa antes de la caída. Una ciudad es un intento de inmortalidad colectiva -podemos morir, pero las formas y estructuras de nuestra ciudad seguirán vivas-. Sin embargo, irónicamente, nuestro apego a estas formas nos hace más mortales, más vulnerables: hay más modos de destruir nuestras vidas. Así, los mitos sobre la ruina urbana se desarrollaron desde las raíces de nuestra cultura (Berman, 1985, p. 4).

Marshall Berman comprende que procesos de destrucción de la ciudad, y de su ciudad particular, constituyen una experiencia de terror en la población que los vive. De acuerdo con este autor, la destrucción de las ciudades es un acontecimiento que acompaña a las ciudades desde sus orígenes, y para corroborar esto bastaría mirar los testimonios bíblicos de la destrucción de ciudades enteras. No se trata de crear un anacronismo y suponer que se trata de episodios similares, ya que las motivaciones y las épocas de cada uno de estos eventos es distinto. Pero hay algo en estas destrucciones que son específicamente características de los procesos de la modernidad capitalista, y es que si se les piensa, éstas guardan una enorme contradicción: “¿Qué significa la destrucción de nuestra ciudad? —se pregunta Berman— Una de las conclusiones a la que llegaron algunas gentes entre las ruinas de ciudades antiguas, y a la que sigue llegando la gente de las ruinas del Bronx, es que no significa nada y que, además, no tiene que tener un significado” (Berman, 1984, p. 5). Quizás lo único que pueden

decir las ruinas es un llamado a recordarnos la fragilidad humana y la fragilidad de sus formas de vida.

Por otro lado, hay que recordar que esta forma de entender el urbicidio tal y como Berman intenta explicar, es decir, la destrucción de la ciudad como el resultado de políticas de planeación y reconfiguración del espacio urbano, tiene sus antecedentes cien años antes en un contexto europeo. Estas prácticas de renovación urbana no son endémicas de Estados Unidos, aunque a ellos se les deba su perfeccionamiento. Recordemos, solamente para tenerlo presente, que a principios del siglo XX en Francia se había impulsado un programa de destrucción y reconstrucción urbana a cargo de George Eugène Huassmann, prefecto de París, para la construcción de bulevares que conectaban axialmente lados opuestos de la ciudad parisina, con la intención de “embellecer la ciudad”.

Los procesos de urbanización tienen un sentido político y económico muy claro. De acuerdo con Harvey (2008), en la época moderna tanto Hassmann como Moses representan un ejemplo claro para comprender cómo la urbanización ha tenido como carácter explícito absorber plusproducto [*Mehrprodukt* o *surplusproduct*] que los capitalistas producen en su beneficio, así como por medio de la deuda pública.

Eugène Haussmann, al ser designado por Luis Napoleón Bonaparte para el programa de configuración de la infraestructura urbana de París en 1853 tenía muy claro que

his mission was to help solve the surplus-capital and unemployment problem through urbanization. Rebuilding Paris absorbed huge quantities of labour and capital by the standards of the time and, coupled with suppressing the aspirations of the Parisian workforce, was a primary vehicle of social stabilization. [...] In effect, he helped

resolve the capital-surplus disposal problem by setting up a proto-Keynesian system of debt-financed infrastructural urban improvements (Harvey, 2008, p. 26).

La transformación urbana llevada a cabo por Haussmann representó no sólo un cambio significativo en el paisaje urbano de París del siglo XIX, sino también el modo de vida de los parisinos al convertir la nueva ciudad ampliamente remodelada en un enorme centro de consumo, de turismo y placer; las grandes avenidas que antes fueron antiguos cascos históricos ahora daban paso a los grandes cafés y tiendas donde la vida burguesa tenía lugar. En París se anticipaba lo que un siglo más tarde en Estados Unidos y en muchas otras partes del mundo sería una constante: el sacrificio de la vida socialmente diversa por el remplazo de una ciudad renovada y gentrificada.

Un siglo más tarde, el heredero de los ideales de Haussmann, Robert Moses representaría por cuenta propia un hito en la urbanización moderna, esta vez en los Estados Unidos del siglo XX. Moses reconoció abiertamente la influencia de Haussmann en un artículo publicado en 1942 titulado “What Happened to Haussmann?” en el que postulaba ya la necesidad de emprender un proyecto urbanístico en Nueva York por el cual contribuía a resolver la absorción de capital excedente mediante la suburbanización, la transformación de la ciudad y la infraestructura, y por medio del cual ponía en marcha la financiación de la expansión urbana mediante el endeudamiento público.

Aunque la suburbanización de E.E.U.U. implicó, además de un desarrollo de infraestructura, la apertura al incumplimiento de nuevos deseos y de necesidades de la población neoyorkina, así como la satisfacción de un nuevo modelo de vida mediante la introducción de viviendas con neveras, aires acondicionados, autos en el garage y el incentivo del consumo

de petróleo (Harvey, 2009, p. 27); en suma, el proceso de urbanización implicaba la puesta en marcha de una vida urbana moderna basada en la fragmentación, el consumo, la racionalización de la vida y la ruptura de los vínculos sociales que caracterizan la vida en las grandes metrópolis del siglo XX. De acuerdo con el propio Harvey (2008, pp. 28-29), la expansión urbana contribuye a estabilizar la economía global como lo hizo los Estados Unidos en el siglo pasado, y esto fue posible gracias a que el mercado de la vivienda absorbió el gran capital excedente construyendo centros urbanos y con la inflación de los precios activos de la vivienda por medio de la refinanciación hipotecaria, estimulando así el mercado interior de los bienes y servicios.

Pero la urbanización trae consigo graves problemas de desigualdad social. Una de las grandes consecuencias de la urbanización es la desposesión de las masas al derecho a viviendas y una vida digna en la ciudad, la pérdida de espacios públicos y con ello la carencia de participación ciudadana en la toma de decisiones políticas, la privatización del espacio público, la administración política por parte de las grandes empresas inmobiliarias que instrumentalizan al Estado para crear políticas públicas que favorezcan su expansión, la gentrificación de espacios históricamente habitados y protegidos para dar lugar al turismo y el consumo, así como a la homogeneización del carácter urbano. Ya Jane Jacobs (2011), la urbanista neoyorkina defensora del espacio público y opositora a Robert Moses en los Estados Unidos, advertía que la renovación urbana (por medio de la urbanización) traía consigo graves consecuencias a las dinámicas de las ciudades al limitar y homogeneizar el carácter multicultural de los barrios, dando lugar a la segregación racial y al clacismo.

Gentrificación como práctica de destrucción y reconfiguración urbana

Actualmente es posible reconocer otro problema vinculado a las prácticas de modernización en las ciudades. Y aunque el problema de la gentrificación ha sido ampliamente estudiado,¹¹ vale la pena integrarlo en el marco de comprensión del urbicidio y destrucción de la ciudad como experiencia de la Modernidad. Gentrificación es un concepto que ha pasado del ámbito académico al lenguaje cotidiano de millones de personas de las ciudades económicamente más activas y urbanizadas del mundo. En ciudades como Nueva York, más que un término de discusión académico, gentrificación designa una práctica cotidiana interiorizada en la vida cotidiana de los ciudadanos.

La urbanista Ruth Glass describió en 1964 la forma en que la renovación urbana estaba generando un fenómeno muy particular visible en la homogeneización de la vida social en la ciudad de Londres:

Uno a uno, gran parte de los barrios de la clase trabajadora de Londres se han visto invadidos por las clases medias —altas y bajas. Las degradadas y modestas calles flanqueadas por antiguas caballerizas, convertidas en viviendas, y las pequeñas casa —dos habitaciones arriba y otras dos abajo— fueron sustituidas cuando expiraron los contratos de renta por elegantes y costosas residencias. Grandes casas de la época victoriana que se habían degradado en el periodo anterior o más recientemente —al ser utilizadas como albergues u ocupadas por varias familias— han subido nuevamente de categoría [...] Cuando este proceso de “gentrificación” comienza en un barrio, avanza

¹¹ Uno de los libros más recientes y notables para el estudio de la gentrificación y sus consecuencias para la vida social en los vecindarios es el de P. Moskowitz del año 2017: *How to Kill a City: Gentrification, Inequality, and the Fight for the Neighborhood*. New York: Nation Books.

rápidamente hasta que todos o la mayoría de los ocupantes iniciales, miembros de la clase trabajadora, son desplazados, así se modifica el carácter social del barrio (Glass, 1964, pp. xviii-xix; traducción propia).¹²

Atribuye este cambio radical en el espacio urbano como una dinámica de conflicto por el espacio que genera la segregación de un determinado sector de la sociedad, como una competición por el espacio:

La competencia por el espacio se ha vuelto cada vez más y más intensa en Londres. Diversos factores se combinan para agudizar esta competencia: el “aumento natural” del comercio y las actividades económicas relacionadas; el surgimiento de nuevas ocupaciones y actividades; las demandas de ambulantes y de estacionamiento realizadas por el rápido crecimiento de la población de automóviles; las mejoras y la consiguiente expansión espacial de los servicios sociales, educativos y auxiliares. La oscilación al alza en los niveles de vida, además, no sólo contribuye a todas las demás retenciones, y ayuda a crear más hogares (Glass, 1964, p. xix; traducción propia).¹³

¹² El texto original en inglés: “One by one, many of the working class quarters of London have been invaded by the middle classes —upper and lower. Shabby, modest mews and cottages —two rooms up and two down— have been taken over, when they leases have expired, and have become elegant, expensive residences. Larger Victorian houses, downgraded in an earlier or recent period —which were used as lodging houses or were otherwise in multiple occupation— have been upgraded once again. Nowadays, many of these houses are being sub-divided into costly flats or ‘houselets’ (in terms of the new real estate snob jargon). The current social status and value of such dwellings are frequently in in inverse relation to their size, and in any case enormously inflated by comparison with previous levels in their neighbourhoods. Once this process of ‘gentrification’ starts in a district, it goes on rapidly until all or most of the original working class occupiers are displaced, and the whole social character of the district is changed” (Glass, 1964, pp. xviii-xix).

¹³ “Competition for space has become more and more intense in London. Various factors combine to sharpen this competition —the “natural increase” of commerce and related economic activities; the emergence of new occupations and pursuits; the demands for travelling and parking space made by rapidly growing motorcar population; the improvements and consequents spatial expansion of social, educational and ancillary services. The upward swing in standards of living, moreover, not only contributes to all the other holds, and helps to create more households” (Glass, 1964, p. xix).

Precisamos decir que el surgimiento de la gentrificación no es un proceso particular de Londres o de las ciudades estadounidenses y a pesar de que ciertamente en estas ciudades su desarrollo fue más notable, la gentrificación es un proceso común a la mayoría de las ciudades de postguerra, mayormente industrializadas en Europa y Norteamérica. La explicación que propone Ruth Glass en el contexto de Londres parece darnos los elementos generales para comprender qué es gentrificación: la transformación de un espacio urbano que tras haber sufrido un gran deterioro y declive, ya sea por la falta de mantenimiento e inversión de los propietarios, por la degradación inherente del tiempo y o por malas políticas de preservación del inmueble disminuye su valor. Regularmente estos barrios tienen una ubicación estratégica, ya sea en el centro de una ciudad o que permite el acceso a un centro financiero, comercial y o cultural, lo cual incentiva que el capital inmobiliario invierta en su restauración elevando los costes de renta por esa capital invertido y obteniendo grandes ganancias.

Al encarecerse el precio de la vivienda mediante este proceso de restauración obliga a sus antiguos habitantes, mayoritariamente de la clase trabajadora, pobres, a su desplazamiento a otros entornos adecuadas a sus posibilidades económicas, posteriormente, éstos inmuebles ya restaurados son apropiados y habitados por una nueva clase más rica con capacidades adquisitivas que le permiten vivir en los inmuebles renovados, es así como se modifica el “carácter social del barrio”.

Jane Jacobs estaba aproximando esta misma crítica pocos años antes que Ruth Glass, cuando se percató que la renovación de ciertos distritos de Nueva York estaban dando lugar a la modificación del carácter social de ciertos lugares, a esto le llamó la *destrucción de la diversidad*: esto sucede cuando una combinación diversificada de usos triunfa y al hacerse popular desata una ardiente disputa (económica) por ese lugar. El uso o los usos que se hayan

establecido como más rentables se imponen sobre la otra diversidad de usos posibles lo cual, a su vez, atraerá a un grupo poco diversificado de gente que accederá a esos beneficios, a esto le llamará también *triunfo inútil* en la medida que dará lugar a un “proceso de destrucción de un organismo complejo (heterogéneo) porque las personas que antes utilizaban un mismo espacio para fines diversos se irán” (Jacobs, 2011, p. 278).

Para comprender mejor lo que significa la gentrificación podemos acudir a Neil Smith quien dedicó gran parte de su vida al análisis de este concepto. En *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación* de 1996 Smith describe el proceso de gentrificación explicando cómo una vivienda pierde su valor y cómo se propician las circunstancias para que un inversionista fije su atención en la recuperación y restauración del inmueble para obtener ganancias. Primero es necesario comprender algunos aspectos técnicos comenzando por explicar el valor de la vivienda. Basándose en la teoría de los economistas políticos clásicos como Smith y Ricardo y también de Marx, Neil Smith adopta la teoría del valor-trabajo según la cual el valor de una mercancía es medido por la cantidad de fuerza socialmente necesaria que se requiere para producirla. En este sentido el *valor de la vivienda* depende su valor por la desvalorización de su uso (por el desgaste producido por el tiempo sumado al uso de sus habitantes) y la revalorización por mejoras (por las inversiones para su mantenimiento).

Otro concepto a tener en cuenta es el *precio de venta de una vivienda* que corresponde al valor de la vivienda más el componente adicional de la renta de suelo. Por *renta de suelo* o *renta capitalizada del suelo* hay que entender la cantidad actual de renta del suelo de la cual se apropia el dueño de la tierra y en el caso del alquiler de viviendas, el dueño de éstas obtiene la renta del suelo por medio del alquiler que se le paga.

Ahora bien, existe otro factor, la *renta potencial del suelo* que es “la cantidad que podría ser capitalizada bajo el ‘mejor y más elevado uso’ del suelo (en términos de los planificadores) —o al menos bajo un uso más alto y mejor. Este concepto es especialmente importante para explicar la gentrificación”, ya que como explicará más adelante Smith, “Sobre la base de estos conceptos, puede delinearse el proceso histórico que ha hecho que se generen las condiciones para que ciertos barrios sean gentrificados” (Smith, 2012, pp. 116-118).

De acuerdo con esto, lo que motivaría a un inversionista a llevar a cabo la restauración de ciertos barrios es la diferencia que se puede generar entre el nivel de renta potencial del suelo y la renta actual capitalizada del suelo, una diferencia que le traerá ganancias económicas considerables, a esto se le conoce como *diferencia de renta*. Para generar esa diferencia de renta los inmuebles deben tener un nivel de deterioro bastante grande y su restauración debe ser costeable para el inversionista de modo que haya una ganancia, esa ganancia se da cuando la venta del inmueble renovado es muy superior al costo que implicó adquirir el viejo inmueble y renovarlo.

A pesar de que a toda construcción le corresponde un proceso de *desvalorización del capital* debido al uso y desgaste natural de la infraestructura de las zonas urbanas deprimidas pero también a un abandono voluntario por parte de los propietarios con una incapacidad económica de invertir en el mantenimiento de sus propiedades o bien, de la falta intencional de mantenimiento para empobrecer los barrios. Smith explica que esta fue una práctica habitual de los dueños de viviendas en alquiler en Nueva York que tuvieron cierto incentivo para que los dueños de las viviendas destruyeran sus propias viviendas a través de un incendio provocado y obtuvieran por ello un pago considerable del seguro (Smith, 2012, p. 125).

Como podemos notar, en sentido estricto es la diferencia de renta uno de los aspectos centrales que motivan y explican el proceso de gentrificación. Podemos recapitular y sintetizar en palabras del propio Smith cómo se da esta diferencia de renta y por qué es el aspecto central de la gentrificación:

La diferencia de renta es la diferencia entre el nivel de la renta potencial del suelo y la renta actual capitalizada del suelo bajo el actual uso del suelo. La diferencia potencial de renta viene producida, principalmente, por la desvalorización del capital (lo cual disminuye la proporción de renta del suelo disponible para ser capitalizada) y también por la expansión y el continuo desarrollo urbano (que históricamente han hecho aumentar la renta potencial del suelo en las zonas urbanas deprimidas). [...] Sólo cuando surge esta diferencia se puede esperar que se produzca una reinversión [...]. A medida que el filtrado y el deterioro del barrio tienen lugar, la diferencia potencial de renta se agranda. La gentrificación ocurre cuando la diferencia es tan grande que los promotores inmobiliarios pueden comprar a precios bajos, pagar los costes de los constructores y obtener ganancias de la restauración; así mismo pueden pagar los intereses de las hipotecas y los préstamos, y luego vender el producto terminado a un precio de venta que les deja una considerable ganancia. Toda la renta del suelo, o una gran proporción de la misma, se encuentra ahora capitalizada: el barrio, por lo tanto, está “reciclado” y comienza un nuevo ciclo de uso (Smith, 2012, p. 126).

No hay que perder de vista un aspecto central de este proceso, la gentrificación está vinculada a un aspecto clasista y racial, el propio término deriva de un neologismo inglés *gentry* que hace referencia a la alta burguesía inglesa. Los nuevos habitantes de los barrios gentrificados, es decir, los principales actores de promover la gentrificación, son miembros de una clase

burguesa y otras veces son conocidos como *yuppies*, término acuñado en 1983 para designar a jóvenes profesionales con movilidad económica ascendente, generacionalmente nacidos en el periodo de postguerra, caracterizados por su estilo de vida urbana y dedicados al consumismo voraz (Smith, 2012, p. 159).

Estos yuppies tuvieron un rol principal en ciudades gentrificadas como Nueva York, y particularmente en el barrio del Lower East Side donde en las décadas de 1960 y 1970 los inversionistas justificaban la gentrificación como un bien necesario para generar un proyecto de civilidad que le hacía tanta falta a esta ciudad, en su defensa los habitantes del barrio emprendieron una resistencia de sus hogares que devino en un largo conflicto violento. Aquella resistencia es aún hoy recordada, paradójicamente, como una forma emblemática de defensa por la dignidad de la vivienda y de las prácticas sociales en el espacio, una defensa por la vida en el espacio público, en una ciudad como Nueva York donde hasta el último rincón de la ciudad ha sido ya gentrificado o está en vías de serlo.

Lo cierto es que estos barrios gentrificados como el Lower East Side o el Harlem experimentaron una “dramática ‘pérdida de vitalidad’ a medida que los yuppies recién llegados montaban rejas de metal en sus puertas y ventanas, repudiaban el uso de las calles como lugares de encuentro, enrejaban las entradas de sus viviendas y echaban a las personas indeseables de ‘sus’ parques” (Smith, 2012, p. 159), esa modificación del carácter social del barrio del que da cuenta Glass es una modificación del carácter de las formas de habitar en las metrópolis modernas.

Para concluir, podemos decir que la destrucción de la ciudad y de la urbanidad, esto es, del carácter social que es inherente a las ciudades, llevada a cabo mediante proyectos de modernización representa un discurso de la Modernidad capitalista en busca de su propia expansión y perpetuación. El mito de esta modernización, como nos ha mostrado Berman, es

una falsa promesa que se vende al sujeto moderno, una promesa de poder disfrutar los frutos del progreso histórico, del avance tecnológico, de disfrutar plenamente de la libertad que el neoliberalismo le otorga para hacerse rico y dueño de su propio destino. Una falsa promesa que promete la mejora constante de la vida urbana mediante la remodelación, el mejoramiento, la inversión y la reconfiguración de la ciudad y la vivienda. Pero en realidad ese fruto de la Modernidad está podrido. Y las falsas promesas traen consigo grandes desilusiones que los millones de habitantes empobrecidos, arruinados y miserables de las grandes metrópolis de nuestros días, sin un empleo y un sueldo digno, sin hogar, sin prestaciones laborales que le garantice una jubilación para vivir los últimos años de su vida en el ocio y el disfrute de su vida más allá de las humeantes fabricas y las ciudades contaminadas y congestionadas, viven a diario como la experiencia más real de la Modernidad.

TERCER CAPÍTULO

URBICIDIO O LA MUERTE DE LA CIUDAD EN CONFLICTOS

BÉLICOS Y ESTRATEGIAS NEOCOLONIALES

De la guerra total al urbicidio

La destrucción de las ciudades durante la Segunda Guerra Mundial abrió una nueva comprensión de la guerra y sería la antesala del urbicidio contemporáneo. Autores como Vincent Bernard sugieren que la *guerra total*¹⁴ fue la forma en la que se definió la guerra llevada a cabo durante la Segunda Guerra Mundial:

Fue también en la década de 1930 cuando se produjeron los primeros bombardeos aéreos en gran escala. En Europa, el bombardeo de Guernica, una pequeña ciudad del País Vasco, en España, causó indignación en todo el mundo. No obstante, casi todos los beligerantes en la Segunda Guerra Mundial pronto siguieron ese ejemplo y se dedicaron a bombardear las ciudades de sus enemigos [...] en la Segunda Guerra Mundial, los beligerantes utilizaron el concepto de “guerra total” para justificar el bombardeo de los centros urbanos, industriales y comerciales del enemigo. A resultas de esa estrategia, y en violación del derecho internacional, los residentes de las ciudades nuevamente se convirtieron en blancos directos de los ataques, como lo fueron durante los asedios en la Antigüedad y en la Edad Media. En esas situaciones, la distinción entre la línea de frente y la retaguardia, y entre soldados y civiles, se vuelve borrosa. Este tipo de bombardeo mató a un millón de civiles en la Segunda Guerra Mundial, a cambio de una ventaja que era, en el mejor de los casos, incierta (Bernard, 2017, pp. 3-4).

¹⁴ “Total war meant that cities and their population overwhelmingly became the actual target of war [...]” (Abujidi, 2014, p. 13).

Es cierto que a partir de la Segunda Guerra Mundial y particularmente desde del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki se transformó totalmente la dinámica de la guerra moderna, a partir de entonces la ciudad ocupará un lugar fundamental en el proceso de aniquilación y destrucción total como uno de los fines y posibilidades de las guerras. Aunque es cierto que desde la Segunda Guerra Mundial se define una nueva comprensión de la guerra: “La Segunda Guerra Mundial anunció el surgimiento de la aniquilación de lugares. Fue una guerra completamente diferente a la Primera Guerra Mundial; marcó un cambio en las técnicas y enfoques de guerra durante el siglo XX: cambió a ‘guerra total’” (Abujidi, 2014, p. 13, traducción propia), y dio origen a eso que Paul Virilio llamó “cosmopolítica del terror nuclear” (Virilio, 2006, p. 25), no obstante, a finales del siglo XX y lo que va del XXI, tiene lugar una forma más radical de destrucción de las ciudades, no solamente por el desarrollo de la tecnología militar (armas de destrucción masiva y de largo alcance) sino también por las intenciones de la destrucción: no se destruyen las ciudades por ser “objetivos estratégicos”, sino que se destruyen las ciudades en su totalidad “independientemente de la naturaleza del conflicto” (Abujidi, 2014, p. 16).

Desde las primeras páginas de su *On the Natural History of Destruction*, uno de los grandes testimonios de la destrucción urbana, W. G. Sebald enuncia los niveles de destrucción en las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, un nivel de destrucción sin precedentes hasta ese momento. De acuerdo con Sebald tan sólo la Royal Air Force británica a cargo del Mariscal Harris, encargado del bombardeo de las ciudades alemanas, lanzó 1 millón de toneladas de bombas sobre territorio alemán. En este mismo país 131 pueblos y ciudades fueron totalmente destruidas; 600,000 civiles alemanes fueron víctimas de los ataques aéreos y 3.5 millones de hogares fueron destruidos, al final de la guerra se estima que 7.5 millones de personas quedaron sin hogar (Sebald, p. 2004, p. 3).

La cantidad de destrucción, como hemos dicho, puede apenas enunciarse por medio de las cifras, mismas que pueden llegar a ser realmente desconcertantes. Si alguna vez la ciudad intentó explicarse a partir de su ubicación geográfica, por el número de sus habitantes y su densidad poblacional, en una ciudad destruida, la ciudad debe comprenderse ahora al espacio que es negado para seguir viviendo, es decir, al espacio al que quedan constreñidos sus habitantes sobrevivientes y al escombros de los materiales que alguna vez dieron forma a la ciudad como espacio de vida. En este sentido, Sebald afirma que las ciudades destruidas dejaron como consecuencia 31.1 m³ de escombros por cada persona en la ciudad de Colonia, Alemania y 42.8 m³ de escombros por cada habitante en Dresden (Sebald, 2004, p. 4).

Las ciudades que resultaron más destruidas fueron principalmente las ciudades que tenían un carácter estratégicamente relevante. Ellas fueron las ciudades industriales, pero no únicamente. La alevosía de destrucción de las ciudades puede comprenderse gracias a un “*Program of Destruction*” que tenía como objetivo la “destrucción como estrategia”, no únicamente la destrucción material sino sobre todo la destrucción simbólica de esa materia, así, de acuerdo al testimonio citado por Sebald de un militar inglés encargado de este plan, su principal objetivo era destruir la moral de la población y en particular de los trabajadores industriales. Al destruir las principales ciudades industriales, lo que se buscaba conseguir era paralizar el sistema de producción del país, por ello, se puede considerar que el pico de desarrollo industrial de las ciudades industriales europeas durante la Segunda Guerra Mundial tienen una relación directa con su pico de destrucción (Sebald, 2004, pp. 14-17).

Las metrópolis, que fueron motivo de orgullos como estandarte de la modernidad capitalista y del desarrollo económico, aplaudida por la humanidad que veía en ella el progreso de la ciencia y la capacidad humana por construir monumentales construcciones como sus aspiraciones mismas, se ven transformadas pronto en las necrópolis del siglo XX.

O peor aún, ni siquiera ellas mismas alcancen el estatus de una necrópolis, la ciudad de los muertos aún guarda una característica esencial del cuidado y la construcción, en cambio las ciudades modernas destruidas apenas se distinguen por las ruinas.

La destrucción de la ciudad se constituyó un medio de la destrucción moral de sus habitantes. La meta era una, aniquilar al enemigo, con sus moradas, su historia y su entorno natural como fuera posible (Sebald, 2004, p 19). Este llamado “debilitamiento moral” por medio del cual se intentaba debilitar por medio de los bombardeos a la población es descrito por Virilio: “Cuando satura el espacio alemán las veinticuatro horas del día con sus bombardeos, el general Harris espera alcanzar también él un ‘efecto psicológico’ sobre el conjunto de las poblaciones tratadas, y ello ‘sin ninguna limitación en el empleo de los medios técnicos (Virilio, 1999, p. 18).

Otro aspecto sumamente relevante en la obra de Sebald es su constante reiteración acerca de que los aspectos más oscuros del final de la destrucción, como experiencia que la mayoría de la población alemana sufrió, han sido ocultos como una suerte de “secreto familiar vergonzoso” (Sebald, 2004, p. 41 y ss). Sebald insistirá sobre este hecho, hablará incluso de la suspensión de una habilidad para recordar y de una parálisis de la capacidad de pensar y sentir los horrores de la guerra. Posiblemente por esa razón no tengamos un registro sistemático de lo que pasó en el periodo de posguerra en esas ciudades alemanas. Esa falta de registro, será acuñada por Sebald a un silencio autoimpuesto den diversas áreas del discurso de toda la población alemana, desde el diálogo familiar hasta escritos históricos (Sebald, 2004, pp. 67-70). Pero cabe preguntarse, ¿esa habilidad para olvidar manifiesta una degradación de la empatía en la naturaleza humana? ¿O será, más bien, que el olvido de esos horrores de la guerra representa un gesto humano y habla de su capacidad de adaptación y resiliencia a los momentos más hirientes de la historia de una sociedad?

En un contexto de violencia como este, el nivel de sufrimiento es siquiera impensable, aún no hay una forma o capacidad humana que pueda medir el dolor y el sufrimiento de modo cualitativo y afectivo. Es más, posiblemente ni si quiera existan razones para intentar medirlo, ya que todo dolor y sufrimiento de un ser humano, por mínimo que sea, es indeseable mucho menos se querrá determinar su escala. Una forma para tratar de comprender estos padecimientos en los demás es por medio de las cifras, aunque no siempre ellas nos digan la verdad más esencial de los hechos. Esta es la paradoja que motiva a Sebald (2004) a escribir uno de los pocos testimonios de la destrucción de las ciudades de posguerra en Europa. Su libro puede ser pensado en un contexto geográfico delimitado, Alemania, pero puede ayudarnos a pensar el magno acontecimiento de destrucción que las ciudades y sus habitantes sufrieron en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

El sufrimiento de las víctimas es quizás, el aspecto más siniestro de una guerra. La muerte multiplicada por millones en un hecho que podrá tener sus motivaciones políticas y económicas, pero sigue siendo un hecho inconsistentemente absurdo. La narración de Sebald sugiere pensar que las víctimas fueron el actor principal de esa película de sufrimiento llamada guerra. Incluso, en este sentido, Scarry sugiere que las víctimas no son sacrificadas en las guerras para conseguir un fin, a veces son ellas mismas el sentido de la guerra (Scarry, 1985, p. 74). Ciertamente, lo que queremos aquí enunciar es el sufrimiento y no su representación por las cifras, pero éstas, en ocasiones, nos pueden ayudar a pensar la magnitud de un problema complejo e inconmensurable.

Con el propósito de desarrollar una definición clara de lo que se entenderá por urbicidio es preciso mostrar en qué consiste la particularidad de este fenómeno y en qué sentido es un concepto que puede enunciar algo particular de nuestra época, un quiebre o una continuidad del pensamiento contemporáneo y de la concepción filosófica que tenemos de la ciudad.

Metodológicamente, para lograr este propósito, es necesario partir del rastreo historiográfico y conceptual del término, analizar sus múltiples concepciones teóricas al mismo tiempo que sus limitaciones conceptuales frente a los problemas que intenta enunciar.

La situación actual del mundo en que vivimos exige a la filosofía conceptualizar, dar nombre y pensar nuestra realidad, aquí se propone pensar un acontecimiento y una situación mundial que distingue a nuestra época: actualmente vivimos en un mundo que es cada vez más urbano, actualmente, el 55% de la población mundial vive en áreas urbanas y se estima que esta proporción aumentará hasta en un 13% para el 2050, es decir que si esta previsión es cierta en poco más de 30 años 68% de la población mundial vivirá en zonas urbanas.¹⁵ Si las formas de vida en estas ciudades son las más propicias o no, es en realidad un problema grave pero secundario, toda vez que la verdadera amenaza consiste en que las nuevas dinámicas de las guerras y los conflictos de alta intensidad tienen como objetivo destruir las ciudades enteras y toda forma de vida que en ellas se desarrollan.

Lo que pone de manifiesto la práctica del urbicidio es la operatividad e imaginación grotesca para destruir en instantes, a partir de la violencia desmedida, lo que a la población le costó construir durante generaciones e incluso milenios. Recordemos que no solamente es la destrucción del edificio, sino el valor simbólico de la memoria, de la cultura y de la vida humana, que se proyecta en esas edificaciones, lo que el urbicidio destruye.

Para poder analizar nuestra problemática sobre el urbicidio consideramos pertinente realizar una aproximación, histórica y filosófica, de la ciudad como forma articulada de comunidad que se erigió conjuntamente en el pasado y que hoy se destruye. ¿A qué nos referimos cuando enunciamos el concepto de urbicidio como otra forma de destrucción de la

¹⁵ La población de América Latina y el Caribe es 81% urbana, aunque ello no signifique que esas condiciones de vida urbana sean optimas, cfr. ONU (2018a).

ciudad? Nurhan Abujidi destaca que desde Troya, se deja ver claramente la relación de la guerra y la ciudad al ser concebida como un espacio estratégico de concentración del poder (Abujidi, 2014, p. 10). No obstante, incluso si la concentración del poder y la relevancia estratégica de la ciudad explicara por qué se le destruye, habría que preguntarse por qué existe tanta crueldad en hacerlo, por qué se han creado los mecanismos de destrucción brutal y masivas como las bombas atómicas, o por qué en épocas remotas se sembraba con sal los campos de las ciudades para dejarlas estériles aún después del triunfo “intentando borrar todo recuerdo de su existencia para inmediatamente después reconstruirlas, fortificarlas y adornarlas, ofreciéndolas así a la siguiente destrucción. Destrucción que sería obra, principalmente, de habitantes de otras ciudades. Probablemente la guerra como institución permanente fue producto de la civilización y no la causa de las formas estables de los asentamientos humanos (Agulles, 2017, p. 15).

Precisemos, las prácticas bélicas y la aplicación de la violencia en la época antigua e incluso durante la Edad Media y hasta el surgimiento de los Estados modernos, no han sido las mismas en la historia; tanto sus instrumentos de aplicación y su desarrollo tecnológico, las motivaciones, los actores que de ella participan y el espacio de aplicación de la guerra, se transformó radicalmente a partir de la época Moderna.

Los conflictos bélicos modernos se distinguen por su capacidad tecnológica de destruir en cuestión de segundos ciudades enteras, pero los caracteriza también *la conquista del cielo*, esa espacialidad vertical y asimétrica. Desde la Segunda Guerra Mundial y mediante los bombardeos estratégicos llevados a cabo sobre las ciudades alemanas pero también japonesas se inaugura una nueva época de la aeropolítica, de las estrategias anti-Ciudad:

Después de Dresde, pero sobre todo después de Hiroshima y Nagasaki, esa “aeropolítica” se ha convertido en una cosmopolítica del terror nuclear, con la estrategia *anti-Ciudad* que hasta hace poco subyacía “al equilibrio del terror” entre el Este y el Oeste; esperando GROUND ZERO y emergencia de un terrorismo anónimo susceptible de derrumbar, no sólo las torres de gran altura, sino también esa “paz civil” entre las poblaciones de un mundo en desarrollo (Virilio, 2006, p. 25).

Las guerras modernas de los últimos dos siglos se caracterizan por haber desplazado el campo de batalla a los entornos urbanos de las propias ciudades, donde se desarrolla la vida común de la población. Nuevos instrumentos tecnológicos permitían transformar nuestra visión del mundo entero. Quizás el descubrimiento más importante que motivó la guerra fue una concepción de la espacialidad vertical que propiciaban los aviones, lo que introdujo una nueva noción de la destrucción del enemigo a partir de la negación de su espacio de operación, de modo que “La máquina de volar, durante tanto tiempo soñada, desde el globo hasta el avión, abrió una nueva visión del mundo y alumbró nuevas perspectivas en la comprensión del espacio y sus representaciones” (Llorente, 2015, p. 447).

Esta nueva concepción espacial transformó completamente las dinámicas de las guerras modernas. El descubrimiento de nueva espacialidad vertical permitía mirar al enemigo desde lo alto sin ser descubierto, así junto con el desarrollo tecnológico incentivado por los dos periodos de guerras mundiales significó nuevas y formas más terribles de destrucción del hábitat y de ciudades enteras desde el cielo. La destrucción de ciudades como Varsovia, Berlín, Dresden, Londres y, quizás los casos emblemáticos, de Hiroshima y Nagasaki durante la Segunda Guerra Mundial, son el ejemplo más importante de este hecho.

Nunca en la historia de la humanidad se había dado este tipo de destrucción tan sistemática ni por medio de las tecnologías y propósitos que aquí se llevaron a cabo, lo cual define otra de las características de las guerras modernas o contemporáneas: su alto desarrollo y su tecnología del poder aeroespacial, promovido por los conflictos y guerras asimétricas que incluyen armamentos de destrucción masiva (Abujidi, 2014, p. 14).

Aunque las armas de destrucción masiva son una preocupación mundial que atenta contra la vulnerabilidad humana mundial, las nuevas guerras urbanas también se destacan por creación de armamento con la pretensión de una precisión quirúrgica, tal es el caso de la tecnología implementada en los conflictos contemporáneos como el de Israel-Palestina donde se están diseñando estos instrumentos que posibiliten la aniquilación sofisticada del enemigo, un ejemplo de esta pretensión es la tecnología desarrollada por la compañía israelí R&D Camero que plantea la “transparencia literal”, que forma parte de las

[...] herramientas de un proyecto que querría producir un muro militar de fantasía, fluido y sin límites, en el que el espacio de la ciudad es tan navegable como el océano (o como lo es un videojuego). Al esforzarse por ver lo que hay escondido detrás de los muros, y al disparar a través de ellos, el ejército parece haber intentado elevar las tecnologías contemporáneas a nivel de la metafísica, tratando de moverse más allá del aquí y ahora de la realidad física, colapsando el espacio y el tiempo” (Weizman, 2012, p. 79).

Otro rasgo característico que interesa resaltar es que la destrucción de las ciudades durante la Segunda Guerra Mundial, tenía objetivos específicos y replanteó la estructura en el ejercicio de los procesos bélicos: los bombardeos en las ciudades implicaba entrar de lleno

en la vida cotidiana de la población, violentar los espacios donde se llevaban a cabo las actividades colectivas y cívicas, durante el día o en el espacio más recogido de la noche (Llorente, 2015, p. 450).¹⁶

Además, Sebald considera que la destrucción de estas ciudades significó un tipo de aleccionamiento para mostrar al mundo la capacidad armamentística del enemigo y, también, como una especie de “daño moral” profundo a la población civil para quienes la guerra, por si no fuera poco, había significado el detrimento de toda realización vital. Esto cambió totalmente los procesos bélicos hasta entonces desarrollados e inauguró una era en la que los modos de ejercer la guerra y destruir las ciudades se radicaliza cada día más.

Urbicidio como eliminación de la heterogeneidad de vida urbana

En 1991 en el contexto de una crisis económica, de cierta incapacidad política por parte de los agentes del Estado y una fuerte presión internacional sumado a la proliferación de discursos nacionalistas se inicia la desintegración de la República Federal Socialista de Yugoslavia. Como resultado de esta desintegración, se origina la Guerra de los Balcanes o Guerras Yugoslavas durante los primeros años de la década de 1990. Entre estos conflictos bélicos se encuentran la destrucción de la ciudad de Mostar.

¹⁶ En las guerras contemporáneas esta intromisión de los conflictos llegará a los espacios más íntimos de la vida, el arquitecto Weizman muestra cómo en el conflicto actual Israel-Palestina y al igual que en Irak, “la penetración inesperada de la guerra en el ámbito doméstico ha sido experimentada por los civiles palestinos como el trauma de humillación más profundos” (Weizman, 2012, p. 39), durante la ocupación del campo de refugiados en Palestina, la mayor parte de los combates tuvieron lugar adentro de los hogares: “La batalla se estaba librando en y entre las ruinas de la vida cotidiana. La mayor parte de la lucha consistía no ya en grandes ataques, sino en conflictos letales y despiadados a pequeña escala, emboscadas entre los edificios y las ruinas. Los francotiradores palestinos aprendieron a disparar desde las profundidades de los edificios, colocándose a unos metros de las paredes apuntando a través de los agujeros abiertos en ellas. Algunas veces incluso disparaban a través de los sucesivos agujeros abiertos en varios muros consecutivos” (Weizman, 2012, pp. 39-49 y 61).

Con el conflicto bélico en ciernes, hacia el año 1992, un grupo de intelectuales de distintas disciplinas del conocimiento publicaban un libro titulado *Mostar '92 – Urbicide* (Ribarevic-Nikolic y Juric, 1992) en el que se empleaba el concepto de urbicidio para describir este tipo de violencia contra estas ciudades. Al igual que la concepción ofrecida por Berman y partiendo de una comprensión elemental del término urbicidio, *urbs* (ciudad) y el sufijo *-cidio* (asesinato, destrucción), refería a la destrucción de una ciudad, sin embargo, estos autores hacían hincapié en que el término debía señalar el asesinato o destrucción de una ciudad de modo deliberado y con prácticas bien definidas en este contexto bélico particular, de modo que la destrucción de puentes, mezquitas, iglesias, escuelas, departamentos habitacionales, así como edificios y espacios públicos como parques, no constituían un daño colateral de la guerra sino que eran ellos mismos el objetivo de la violencia.

En este contexto surge la primera postura teórica del inglés Martin Coward, quien definirá por primera vez una comprensión amplia de urbicidio como la destrucción de la ciudad en tanto espacio de relaciones que permite la vida heterogénea y en comunidad. La destrucción de lo urbano es pues una práctica de *violencia política* particular que se hace evidente en la negación de lo heterogéneo que constituye lo urbano.

Coward parte de un acontecimiento particular que detona toda su interpretación sobre el urbicidio como una forma particular de *violencia política* (Coward, 2002: el 9 de noviembre de 1993 alrededor de 60 proyectiles impactaron, durante un día entero, el *Stari Most* (“Puente Viejo” en español) de la ciudad herzegovina de Mostar, causando que éste se derrumbara sobre el río Neretva (Kalman, 2017, p. 538). Ni el corrosivo tiempo, alrededor de 427 años de existencia que tenía dicho puente, ni los desastres naturales, ni las múltiples guerras que se habían suscitado a lo largo de la historia, habían logrado derribar este puente

que conectaba a dos etnias, a croatas bosnios en la Mostar occidental (y las rutas a la costa adriática) y a musulmanes bosnios al este de Mostar (y el interior bosnio).

Lo cierto es que la destrucción del Puente Viejo de Mostar tenía una nula importancia estratégica militar durante el conflicto, en su lugar esta destrucción significó simbólicamente el fin de una entidad plural heterogénea, con su derrumbe se destruyó el carácter étnicamente mezclado de Mostar (Coward, 2009, p. 2). Este acontecimiento no fue el único proceso de urbicidio en la ciudad, pero sirve como un paradigma del cual el autor inglés Martin Coward, se sirve para definir otra de las comprensiones y posturas teóricas sobre el urbicidio, al definir este concepto como un tipo de *violencia política*¹⁷ en el momento en el que se debilita o destierra toda posibilidad de heterogeneidad de una ciudad.

Martin Coward defiende entonces como una de sus tesis principales, la idea de que el urbicidio es una forma particularmente distinta de violencia que tiene como cometido destruir el entorno construido que son los edificios, comprendidos como la condición de posibilidad de la heterogeneidad (Coward, 2009, p. 53). Un edificio es una estructura compartida, un

¹⁷ La definición del urbicidio como un nuevo paradigma de violencia política propuesta por Coward dará lugar a una propuesta, bastante polémica, de lo que se denomina “American Urbicide” de Andrew Herscher (2006). Herscher considera, al igual que Coward, que urbicidio es una nueva categoría para concebir la violencia política. Asegura que si definimos urbicidio como una estrategia de violencia política de destrucción urbana intencional entonces los desastres naturales no serían urbicidio. Pues bien, la propuesta central de Herscher consiste en modificar esta concepción y asumir que la violencia urbana incluye no únicamente el daño o destrucción de edificios sino también las políticas y las ideologías de Estado que tienen como prioridad crear una vulnerabilidad institucional, social y cultural, una especie de descuido intencional y planificado para propiciar en las ciudades la desprotección absoluta o crear las condiciones políticas de segregación y empobrecimiento de los ciudadanos, esto significaría otra forma de esta violencia urbana. Después de introducir este argumento, Herscher concluye que la destrucción de New Orleans por el huracán Katrina en el año 2005 suma todos estos elementos; todo parece indicar que no fue el huracán sino la falta de garantías de protección, el descuido intencionado lo que ocasionó realmente la destrucción en la ciudad, por consiguiente, concluye Herscher, este representa un caso paradigmático de urbicidio americano (Herscher, 2006, pp. 18-20). Sin lugar a dudas es un argumento débil en muchos sentidos, la destrucción de la ciudad por condiciones de desastres naturales es inevitable incluso cuando se propicien las mejores condiciones de protección de los ciudadanos, pongamos de ejemplo la destrucción de una ciudad por causa de un terremoto. De ser así todo desastre natural sería urbicidio lo cual desposee al concepto del valor conceptual que se le intenta otorgar para describir la complejidad de factores que lo sitúan como una nueva categoría para comprender la ciudad, el espacio y su destrucción por medios tecnológicos sin precedentes.

lugar de habitación común tanto para dormir como para interactuar. En él se manifiesta de manera evidente la relación privada y pública, plural, la interacción y el conflicto del espacio que es negociado una y otra vez para habitar; pues, precisamente, habitar es estar en referencia, pero esa referencia es un referir en conflicto: ideas, prácticas e imaginarios del espacio que son dirimidos insistentemente. De hecho, el espacio público sería producido y resguardado como ese *entre* de las edificaciones, las calles resguardadas por las fachadas distintas y distintivas que atestiguan, desde sus ventanas y sus dinteles, la complejidad de la ciudad.

De esta manera, enfatizamos la siguiente idea: cuando hablamos del espacio construido no nos referimos a los edificios simplemente como objetos materiales que *ocupan* un lugar en el espacio, como entidades vacías sin relación alguna con los objetos cercanos y los seres que los habitan. Antes bien, cuando hablamos de edificios nos referimos a un conjunto relacional de estructuras, a la compleja arquitectura con un valor histórico y cultural fundamental para las sociedades que los habitan; cuando hablamos de edificios nos referimos a un horizonte compartido y a un lugar de referencia. Los edificios acogen y son morada; son expresión de cuerpos espaciales haciendo espacio en y entre los edificios porque estos propician el habitar. Los edificios son condiciones de significaciones y relaciones vitales, son testimonio de que otros existen, pues constituyen espacios comunes y compartidos. Como deja ver Coward (2006), su particular comprensión sobre el urbicidio que hace énfasis en la importancia de asumir la relación de la posibilidad de la vida humana entre y con el entorno construido, significa la defensa de una propuesta no antropocéntrica de un tipo de violencia política.

A partir de esta comprensión, pensar el urbicidio tiene un espectro más amplio dado que, de este modo, ya no pensamos solamente el urbicidio como la destrucción únicamente

de la ciudad, sino también de la condición heterogénea en el modo de vivir que la ciudad posibilita (Coward, 2002). Así damos un paso más: la complejidad es posible por la heterogeneidad, la diversidad de lo múltiple e irreductible de la ciudad que es su rasgo constitutivo, aquello que define lo urbano. Por ello, podemos afirmar que la ciudad, compleja y heterogénea se define por lo urbano, y por propiciar un modo de vida particular. A su vez este modo de vida solamente es posible por la condición de toda ciudad: su entorno construido, sus edificios en tanto condición de posibilidad de lo heterogéneo.

Por esta razón Coward cuando señala que el urbicidio refiere a “la destrucción de edificios, no por lo que individualmente representan (objetivo militar, patrimonio cultural, metáfora conceptual) sino como aquello que es condición de posibilidad de existencia heterogénea” (Coward, 2009, p. 39). Urbicidio, en este sentido representa una forma singular y por lo tanto paradigmática de la violencia que tiene como fin destruir los elementos constitutivos de la urbanidad pero no sólo eso, también, destruir “la condición de posibilidad del ser-con-otros que constituye lo político. Urbicidio, entonces, es un asunto fundamentalmente político ya que representa la exclusión violenta de la posibilidad de lo político” (Coward, 2009, p. 43).

Es quizá en este sentido, que podemos pensar el urbicidio como un acontecimiento, referido sobre todo a la imposibilidad de vivir en comunidad. Si esto es así, entonces el acontecimiento del urbicidio es la disposición a excluir lo plural, a eliminar la diferencia, y a condicionar la ciudad a un no-espacio en el sentido que el urbicidio desrealiza lo habitable al afectar a los edificios, los monumentos y todo espacio de relación social y de vida compartido que hacen posible la vida misma. Esta idea si bien no nos lleva lógicamente a deducir fatalmente el fin de las ciudades del mundo ni de la imposibilidad de construirlas en el futuro, sí pone en crisis la idea de la ciudad como condición de la vida en común.

Hasta aquí podemos sostener que la manera como se inflige una violencia particular que llamamos *urbicidio* es el despojo y la eliminación en momentos de conflicto bélico sobre el espacio construido, principalmente relacional de la ciudad; esta, compleja y heterogénea, espacio común de espacios, de símbolos y arquitecturas del pluralismo, es lo que el *urbicidio* amenaza, pone en crisis y contra lo que atenta.

En este hecho se manifiesta la paradójica idea que concebía a la ciudad como una de las realizaciones más importantes, acabadas e inalterables de la humanidad, la ciudad pensada como el espacio de resguardo garante de la vida, se convierte ahora en la caótica reducción amorfa del escombros.

Una de las grandes contribuciones de Coward a la concepción de *urbicidio* consiste en haber realizado una aproximación filosófica que se echa en falta a nivel conceptual en los demás autores que están por estudiarse. Coward, aunque inglés, se suscribe a una tradición de pensamiento ontológico-política alemana con Heidegger y francesa con Jean-Luc Nancy. Considera que el entorno construido de la ciudad representa una espacialidad no como extensión sino como relación (como una red de relaciones). Se trata de una espacialidad compartida y constituida en el encuentro cotidiano del *Dasein* con las cosas.

De ahí que en el planteamiento de Coward podemos comprender por *ciudad*, la espacialidad del entorno construido, primero como región (aquello que hace posible que los objetos pertenezcan a una totalidad material como algo que se puede colocar en el espacio), misma donde los edificios comprenden el entorno que orienta todos los lugares posibles. Así, la ciudad orienta el sentido del *Dasein*, encuentra su orientación y es capaz de describir dónde se encuentra una cosa en relación con otra. También la espacialidad del entorno construido se articula como un conjunto de grupos, donde el entorno es un conjunto de edificios que se refieren entre sí y permiten la multiplicidad de tareas, actividades, acciones, funciones... Los

edificios son lugares de referencia para todo *Dasein*, si hay urbicidio se excluye toda posibilidad de la alteridad. Los edificios son, como se ha dicho, la condición de posibilidad de la heterogeneidad.

Esto porque la constitución de la ciudad no es solamente un conjunto de materias (metales, piedras, maderas o vidrios) cuidadosamente planeadas, fragmentadas y diseñadas. Esta materialidad convive con sus habitantes, es parte de sus prácticas espaciales, y da sentido y orientación a las mismas. La componen y conforman lugares que se distinguen y que al mismo tiempo son comunes entre los habitantes. Su destrucción provoca todo lo contrario: un espacio sin referencialidad ni orientación.

Así pues, esta espacialidad constituida por los edificios son indicadores de la posibilidad de que otros existen, y esa posibilidad de lo otro hace que los espacios sean compartidos. Si bien es cierto que el urbicidio no destruye esa coexistencia de los espacios compartidos, es cierto que destruye el entorno construido como condición de la heterogeneidad y se destruye, también, la materialidad del espacio público constituido por la red de relaciones que hacen los edificios, pero la coexistencia subyace y solo puede ser oculta por los escombros. De este modo urbicidio comprende la destrucción de lo que constituye el carácter fundamentalmente público del entorno construido (Coward, 2009, p. 61).

Otro planteamiento significativo de la teoría del urbicidio propuesta por Coward radica en el concepto de escombros (*rubbish*). Alrededor del cual se negaría la posibilidad de la espacialidad compartida, de la heterogeneidad y finalmente, en ello devendría la consecuencia final del urbicidio en tanto paradigma de violencia política, es decir que el urbicidio reduce todas las posibilidades de vida y de habitar en común al escombros como momento culmen de la destrucción urbicida. Ante esto, se puede preguntar ¿cómo habitar una ciudad destruida, sin espacios de representación, sin lugares de referencia y de sentido?

A diferencia de la construcción de la ciudad en donde hallan lugar las prácticas espaciales, su destrucción pone en crisis esta condición y, con ello, la posibilidad de relación social, en tanto que relaciones de comunidad o habitar en común.

Es preciso advertir, que una de las insuficiencias en el discurso de Coward consiste en una definición estrecha de heterogeneidad en el que pone todo el peso teórico del urbicidio, esto se debe a su limitado enfoque en el estudio del conflicto de Bosnia donde sí se da una diferencia clara entre etnias religiosas, pero este concepto podría ampliarse para el estudio de urbicidios en otros conflictos como en el caso Palestina, tal y como sugiere Abujidi (2014). Los cual nos exige ampliar nuestra concepción de urbicidio a un contexto más amplio pero también a un marco conceptual más preciso.

Urbicidio como estrategia militar contra la resistencia anticolonialista

Stephen Graham (2003, 2004, 2011) es otro de los autores que durante las últimas dos décadas lleva a cabo una de las discusiones más activas sobre este tema. En su teoría sobre el urbicidio insiste en evidenciar que los procesos de violencia sistemática actuales tienen como principal objetivo a los espacios urbanos. Ciertamente su desarrollo conceptual proviene de un análisis situado de conflictos bélicos en Medio Oriente y particularmente aquellos que ocurren tanto en Cisjordania como en la franja de Gaza, territorios en disputa por Israel y frentes de resistencia palestinos. La postura de Graham se caracteriza por la planificación militar con que se llevan a cabo los urbicidios con el uso de maquinaria, los

bulldozers, para arrasar con barrios y ciudades enteras, estas maquinarias, de acuerdo con el autor, son empleadas “como instrumento de castigo étnico y como medio de reconfiguración territorial” (Graham, 2003, p. 41).

La postura general de Graham sobre el urbicidio se sostiene sobre una visión en la cual Estados imperialistas como Israel o Estados Unidos, proceden sobre la conquista de ciertos territorios con el argumento de llevar a cabo una guerra contra el terrorismo, lo cual intenta justificar esta violencia y la destrucción de estas ciudades. A pesar de esta especificidad teórica, lo que nos interesa retomar de Graham es su auténtica perspectiva sobre el peligro eminente de trasladar los procesos de violencia como las guerras a los espacios urbanos, la urgencia de este problema se enuncia en un momento en el que el mundo es inevitablemente más urbano y las ciudades acogen cada vez más a la población mundial, lo cual implica que los procesos de violencia contra las ciudades sean eminentes. Por esta razón resulta indispensable pensar cómo es que las ciudades contemporáneas se desarrollan íntimamente en relación con la práctica del urbicidio.

Urbicidio entonces, es definido bajo la postura de Graham como las prácticas militares contemporáneas entre las que destacan la llamada guerra de o contra el terrorismo (Stephen Graham (2003, 2004a). Esta tesis defiende que no es posible separar los procesos vinculados a la guerra, el terror, la aniquilación de lugares y el urbanismo moderno. En todo caso la ciudad es percibida en el imaginario geopolítico de las elites políticas como el espacio de malestar, disturbios que necesitan ser regulados y reorganizados, ya sea por la guerra o mediante políticas de planeamiento urbano en ciudades colonizadas. Así, urbicidio es un producto o un elemento del conflicto armado, la guerra, huelgas preventivas y campañas antiterroristas (Nurhan, 2014, p. 32).

Así pues, urbicidio es para Stephen Graham, “la destrucción de las ciudades y la devastación de sus símbolos y arquitectura de pluralismo y cosmopolitismo” (Graham, 2011, p. 17). Sin embargo, es posible encontrar una discusión abierta sobre esta conceptualización que enriquece, en varios de los casos, las perspectivas sobre la especificidad de este tipo de violencia. Razón por la cual, será indispensable poner a discusión estas teorías para intentar agotar la problemática sobre la violencia contra las ciudades contemporáneas.

Abujidi (2014) por otro lado, señala que uno de los principales aportes de Graham es considerar que las nuevas dinámicas militares de fines del siglo XX y principios del XXI es que la ciudad es comprendida como sitio clave en las que los conflictos militares y geopolíticos están siendo peleados y destaca, además, que la planificación urbana militarizada y los discursos del antiterrorismo sirven para socavar las áreas urbanas que son los nuevos centros cruciales de la heterogeneidad donde se desarrollan los nuevos conflictos bélicos (Graham, 2004b; 332).

El segundo aporte considerable de Graham radica en considerar que el urbicidio es una coordinación de estrategias militares para destruir las condiciones de resistencia e independencia de los países oprimidos, particularmente haciendo referencia a los ataques sistemáticos contra Palestina que se enuncian bajo una aparente “guerra contra el terrorismo”.

Este conflicto ha propiciado reflexiones en torno a una nueva comprensión de las dinámicas de guerra urbana, nuevas interpretaciones sobre el espacio y en definitiva nos sugiere el esclarecimiento incluso también la problematización en torno al urbicidio como teoría y práctica sobre el espacio y las formas más eficientes de desterritorialización. En el caso de Graham (2013) declara que esta desterritorialización se ha hecho por medio del *bulldozer* que barre con las construcciones palestinas irregulares, al respecto también Weizman: “En algunas ocasiones, los *bulldozer* apilaban tierra y escombros alrededor de los

edificios o entre ellos, acordonando zonas y cambiando la topografía del campo de batalla” (Weizman, 2012, p. 62).

Este último autor también ha tenido un lugar importante en esta comprensión de la guerra urbana, arquitecto israelí conocido particularmente por la introducción del concepto *Forensic Architecture* (Eyal Weizman *et al.*, 2010). En su fascinante libro publicado bajo el título de *A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana* (Weizman, 2012) argumenta cómo la milicia se apropió de una concepción filosófica del espacio para llevar a cabo la guerra urbana:

[...] la necesidad de interpretar el espacio, e incluso de reinterpretarlo, como condición necesario del éxito en la guerra urbana, desvela la presencia en su pensamiento del lenguaje posmoderno, posestructuralista. La guerra, de acuerdo con el lenguaje sofisticado y aséptico de Kochavi, es una cuestión de lectura y (conceptualmente) de deconstrucción del entorno urbano existente, incluso antes del comienzo de la operación (Weizman, 2012, p. 54).

En este libro Weizman describe las tácticas y maniobras de invasión llevadas a cabo por el ejército israelí en la ciudad de Nablus, Cisjordania, descrita por Aviv Kochavi, general del ejército israelí quien es además doctor en filosofía y conocedor de la filosofía deleuziana, a partir de sus interpretaciones del espacio ha logrado desarrollar una nueva teoría militar que actualmente se llevan a cabo en el conflicto Israel-Palestina, tácticas conocidas como “geometría inversa” (Weizman, 2012, p. 9), además de poner en evidencia que este tipo de guerras urbanas definen “la última forma posmoderna de la guerra” en donde “Los oficiales al mando encuentran muy difícil preparar escenarios bélicos o diseñar planes de vía única.

Los civiles se convierten en combatientes y los combatientes vuelven a ser civiles” (Weizman, 2012, p. 18). El propio general Aviv describe su interpretación sobre la ciudad y los espacios domésticos y su aplicación para la guerra:

Nosotros interpretamos la avenida como un lugar por el que está prohibido pasar y la puerta como un lugar que está prohibido cruzar y la ventana como un lugar por el que está prohibido mirar, porque hay un arma esperándonos en la avenida y bombas trampa detrás de las puertas. El enemigo interpreta el espacio en términos tradicionales y yo no estoy dispuesto a obedecer su interpretación y, al hacerlo, caer en sus trampas (Weizman, 2012, p. 52).

A lo largo de este texto en repetidos momentos el filósofo, arquitecto y general del Ejército Israelí hablará de la necesidad de interpretar el espacio, de reinterpretarlo como condición necesaria del éxito de la guerra urbana, haciendo alusión a los conceptos deleuzianos del espacio, tanto del *espacio liso* y el *espacio estriado* en el cual Deleuze y Gattari confrontan las nociones de espacio liso y máquina de guerra versus la concepción de un espacio estriado y aparato estatal, en términos más asequibles concebían dos tipos de territorialidad, el espacio estriado refiere al sistema estatal jerárquico, cartesiano, geométrico, sólido, hegemónico y espacialmente rígido y un espacio liso refiere a lo flexible, móvil, liso, un espacio nomádico similar a una matriz (Weizman, 2012, p. 54).

El título de este subapartado refiere al libro que Nurhan Abujidi publicó en el año 2004, representa una de las posturas más completas sobre el urbicidio contemporáneo. En él logra integrar las posturas que se han nombrado anteriormente, sino que realiza un estudio de caso ampliamente documentado en las nuevas prácticas de ocupación, de reterritorialización

urbana y destrucción de ciudades y comunidades en Palestina. Nurhan considera que limitar el urbicidio a las formas de vida donde se desarrolla lo urbano implicaría omitir formas de violencia y destrucción de entornos donde se desenvuelve la vida heterogénea y plural que no son necesariamente urbanos, y también, que limitar lo urbano a ajustes geográficos implicaría una limitante cuando no queda muy claro qué cuáles son los límites de lo urbano. Aún con estas precisiones, Nurhan considera que el urbicidio comprendería la destrucción de lo urbano en todas sus formas (Abujidi, 2014, p. 23). Y siguiendo de cerca a Coward considera que la ciudad constituye espacios compartidos de vida, y que el urbicidio al destruir los edificios comprendería eliminar esos vínculos entre los edificios en tanto que son la espacialidad compartida (Abujidi, 2014, p. 25).

El modo de aproximación al concepto de urbicidio por parte de Nurhan resulta esquemático al considerar las siguientes características:

- 1) El escenario del urbicidio es siempre un entorno construido urbano habitado (donde en el concepto de urbano se intenta abstraer lo que es la ciudad).
- 2) Siempre hay un daño generalizado o total en la destrucción infligida en la configuración del urbicidio.
- 3) El lugar de la destrucción es demonizado o deshumanizado antes de ser destruido.
- 4) La destrucción es un ejercicio para lograr la reconfiguración y el control espacial de las ciudades.
- 5) La destrucción es siempre premeditada, intencional y planificada (Abujidi, 2014, pp. 33-34).

Así pues, Nurhan considera, a partir de la revalorización de los conceptos expuestos, una nueva y más amplia delimitación del concepto de urbicidio que en primer lugar realiza una

distinción fundamental entre los procesos de renovación urbana llevados a cabo bajo políticas de destrucción y urbanización, como son la especulación capitalista, y otros fenómenos como los de la gentrificación con otras prácticas totalmente radicales y específicas como son las prácticas de terrorismo, la violencia y la guerra respaldada por una estructura estatal delimitada. Así, queda claro que no todo incidente ni toda destrucción de la ciudad puede caracterizarse bajo el concepto de urbicidio, y preferiría situar al urbicidio en contexto de prácticas bélicas (Abujidi, 2014, p. 35).

Finalmente, Abujidi propone limitar la comprensión de urbicidio a las siguientes características:

- 1) “Es necesario separar la destrucción urbana como resultado de políticas de renovación urbana y proyectos de desarrollo de la destrucción urbana en contextos o como resultado de la guerra.
- 2) Es necesaria una definición de lo urbano y de la urbanidad para clarificar el concepto de urbicidio y poder vincularlo con los discursos que lo vinculan con la identidad (producida por eso que es lo urbano)
- 3) A partir de casos particulares de urbicidio es posible establecer las características comunes que cada uno de estos procesos comparten, de este modo se podrá distinguir el urbicidio de otras formas de violencia política y de destrucción urbana producidas bajo el discurso de limpieza étnica y daños colaterales” (Abujidi, 2014, p. 35).

Urbicidio como neocolonialismo y neoimperialismo

No podemos dejar de lado las motivaciones políticas, ideológicas y económicas que sostienen las prácticas de urbicidio actualmente. Mucho menos las consecuencias para el mundo actual, más allá de si esos conflictos bélicos están, aparentemente, localizados fuera del horizonte político de Occidente y por lo tanto de la tradición de las ciudades que hasta este momento hemos estudiado.

Stefan Kipfer y Kanishka Goonewardena en ensayos como “Postcolonial Urbicide: New Imperialism, Global Cities and the Damned of the Earth” de 2006 y “Colonization and New Imperialism: On the Meaning of Urbicide Today” de 2007 han propuesto una manera sumamente sugerente de problematizar y ampliar teóricamente el concepto de urbicidio en nuestros días en el contexto del capitalismo tardío, del mundo globalizado, de la expansión del capital a todos los rincones del mundo y particularmente en países aún en “vías de desarrollo” donde se realizan las guerras, como se ha visto en lo que va del siglo XXI. Parten de un hecho significativo: en el mundo actual existe una idealización generalizada por pensar que las metrópolis del capitalismo avanzado son el lugar que concentran los valores cosmopolitas que conforman la civilización occidental, frente al mundo periférico (el llamado sur global y la periferia tercermundista). Esta visión que intenta ver la representación de valores universales y cosmopolitas en las metrópolis del capitalismo avanzado concuerda con una visión hegemónica característica de los discursos y las prácticas imperialistas y colonialistas europeas desde el siglo XVI, y en los *neos* de los siglos XIX, XX y XXI: los neocolonialismos y neoimperialismos.

Como vimos particularmente en el segundo capítulo de nuestra tesis, la destrucción de la ciudad y la urbanidad se lleva a cabo por muy diversas prácticas vinculadas a los

procesos de urbanización y modernización que buscan reconfigurar el carácter social de la vida urbana, como respuesta a la búsqueda de un progreso económico. Estas reconfiguraciones se llevan a cabo en todas partes del mundo, tanto en el interior mismo de las metrópolis del capitalismo avanzado como en las periferias de éste. Discutimos ampliamente que la urbanización llevada a cabo dentro de esos procesos termina por asesinar la vida urbana y por lo tanto, la ciudad. En ello coinciden Stefan Kipfer y Kanishka Goonewardena (2007), quienes consideran que las propias prácticas de urbanización tienen un componente de remodelación territorial en tanto estrategias de recolonización y reconfiguración espacial vinculadas a una nueva forma, o la más particular, del imperialismo del norte global. Kipfer y Goonewardena consideran que tanto Henri Lefebvre como Franz Fanon habían premonizado estas premisas: “Properly qualified with reference to Frantz Fanon's comments on the spatial dimensions of colonization and de-colonization, this discussion of Lefebvre's dialectical urbanism suggests that ‘urbicide’ is a component of a multi-scalar territorial reshaping of core-periphery relations that mediates both neo-imperial world order and traces of the colonial past” (Kipfer y Goonewardena, 2007, p. 6). Su aporte consiste, en definitiva, en plantear que la verdadera experiencia metropolitana no solamente es visible en la vida diaria de las metrópolis, sino que se encuentra fuera del centro del poder político de las civilizaciones del norte global: es decir, en la periferia, en el Tercer Mundo, en el sur global, a decir de los autores:

“Urbicide” is one, violently coercive means towards such a territorial reorganization of centre-periphery relations. One may apply the concept not only to the military planning exercises in Iraq, Lebanon and Palestine but also to the more confined and selective cases of destroying, gentrifying and privatizing ghettoized spaces (public housing

districts, racialized social spaces) in metropolitan urban centres (Kipfer y Goonewardena, 2007, tesis 51).

De este modo, urbicidio, como hemos intentado precisar a lo largo de esta tesis, adquiere un espectro más amplio que solamente describir la destrucción de las ciudades y de su entorno construido (*built enviroment*), es decir de su arquitectura, de su infraestructura y sus monumentos. Urbicidio no es la única forma en que la ciudad se destruye, el concepto mismo parece todo el tiempo ser limitado para describir la multiplicidad de formas de violencia contra la ciudad y contra las dinámicas sociales que se llevan a cabo dentro y fuera de las urbes. Ciertamente la guerra y la destrucción de una ciudad mediante misiles o bombas es su forma más evidente y espectacular, pero no es menos catastrófico o menos grave o menos urgente para el pensamiento crítico y la agenda política el hecho de que miles de habitantes de las metrópolis modernas hoy en día no tengan acceso a una vivienda, que no cuenten con las condiciones económicas para vivir dignamente dentro de la ciudad, carezcan de los medios efectivos para desplazarse libremente por la ciudad sin pagar por cada espacio que tocan, ni que deban emigrar hacia los suburbios en condiciones de hacinamiento sin los mínimos servicios de supervivencia debido a que las grandes inmobiliarias los han desplazado de los centros urbanos o han encarecido las rentas mediante prácticas urbanas con intereses mezquinos en nombre de la modernización. Éstos son, a mi modo de ver, algunos de los problemas actuales que la vida urbana sucita y que merecen ser pensados y resueltos en las próximas generaciones.

Conclusiones

Preciso concluir retomando algunas ideas desarrolladas a lo largo de esta investigación. Pensar la ciudad como una creación humana *sui generis*, como una forma de trascender en el tiempo, un modo de dejar huella en el mundo y en la memoria de futuras generaciones responde, en el fondo, a una necesidad vital que parece trascender la voluntad de los sujetos en cada periodo de la historia, como si se tratara de esa voluntad de vida a la que Schopenhauer consagró su tinta y su genio. Pero diversas circunstancias de la época moderna nos obligan a poner en cuestión si verdaderamente la humanidad ha alcanzado un grado de desarrollo tal que le permitan dominar las mismas fuerzas creativas que le llevaron a construir las civilizaciones como signo indiscutible de su superioridad frente al mundo natural como la razón instrumental y la razón tecnocientífica moderna presuponían.

En el desarrollo de este trabajo me cuestionaba constantemente por qué la vida urbana en las metrópolis de nuestros días provoca esa sensación inexplicable y contradictoria de ver un mundo en constante desarrollo lleno de evidentes avances tecnológicos, de progresos científicos que aplicados a la organización y diseño de las ciudades que en apariencia buscan hacer la vida más fácil y buscan solucionar los problemas de vida en común actuales, pero al mismo tiempo provocan una profunda sensación de angustia colectiva por la inhospitalidad que estas grandes ciudades representan para el conjunto de la humanidad y cómo ella amenaza la propia supervivencia de otras especies. Hicimos énfasis en que el problema aquí tematizado, la destrucción de las ciudades en la época contemporánea, nos muestra una desarticulación radical de sistemas orgánicos de crecimiento y desarrollo incompatibles con la necesidad urgente que requiere idear nuevas formas de habitar el mundo sin con ello

destruir las relaciones sociales y organismos naturales constantemente erradicados para nuestra supervivencia. De modo que ante el estilo de vida urbano moderno sostenido en la sobreexplotación de ese entorno natural y el uso indiscriminado de combustibles fósiles para el funcionamiento de la ciudad, nos ha hecho entrar en una fase de urgencia extrema que nos sitúa en un momento decisivo para crear las condiciones de un nuevo funcionamiento de la ciudad con energías renovables, para cambiar nuestro paradigma de producción y consumo y para reestablecer nuestra relación con el mundo natural en convivencia plena con otras especies animales, con la finalidad de disminuir el calentamiento global como el problema más urgente de nuestra generación o, de lo contrario, el futuro inmediato es poco prometedor para la supervivencia misma no sólo de las ciudades sino de nuestra especie.

Al estudiar la destrucción de las ciudades contemporáneas no pretendemos esgrimir una bandera apocalíptica, ni hacer una oda al pesimismo, tampoco es una invitación al fetichismo de la ciudad como ente orgánico con existencia autónoma, la ciudad tiene actualmente una carga antropocéntrica en el sentido que sólo tiene sentido para el ser humano, y no hemos logrado superar esta contradicción. Es paradójico que algunas preguntas dieron lugar a esta investigación, y para concluir requiera plantear algunas otras: ¿es posible que las grandes ciudades, las metrópolis y megalópolis de nuestros días, sigan existiendo de forma indefinida bajo las dinámicas de crecimiento y producción que actualmente la sostienen? ¿qué consecuencias tendrá para la vida humana y la vida natural la vida urbana en las próximas generaciones? ¿seremos capaces de encontrar nuevas formas de habitar el mundo y las ciudades del futuro con plena consciencia de que el sistema de reproducción actual es incompatible con la propia supervivencia de la vida? ¿existen alternativas reales para la descentralizar el poder de las metrópolis, escapar a la alienación provocada por la tecnología y la razón instrumental del mundo moderno, aminorar las tensiones actuales que

tienen al mundo al borde de la crisis climática sin precedentes y la catástrofe de una guerra nuclear a nivel global? La presente investigación tuvo como finalidad poner de manifiesto los discursos y las prácticas impulsadas en la época moderna que llevaron a la creación de las ciudades tal y como la conocemos ahora, ello implicó un quehacer filosófico de teoría crítica que, sin embargo, no es ni mucho menos una solución al problema real que hemos descrito. Y, sin embargo, las vagas esperanzas actuales me permiten recordar y hacer propias las palabras que Horkheimer enunciaba en 1940 cuando el fascismo y el totalitarismo se propagaban por Europa y que, poco tiempo después darían lugar a uno de los periodos más violentos y miserables que haya vivido la humanidad en tiempos recientes: “Nuestra misión actual es, antes bien, asegurar que en el futuro no vuelva a perderse la capacidad para la teoría y para la acción que nace de esta, ni siquiera en una futura época de paz, en la que la diaria rutina pudierafavorecer la tendencia a olvidar de nuevo todo el problema. Debemos luchar para que la humanidad no quede desmoralizada para siempre por los terribles acontecimientos del presente, para que lafe en un futuro feliz de la sociedad, en un futuro de paz y digno para el hombre, no desaparezca de la tierra” (Horkheimer, 1974).

REFERENCIAS

- Abujidi, N. (2014). *Urbicide in Palestine: Spaces of Oppression and Resilience*. New York: Routledge.
- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Akal.
- Augé, M. (2008). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (2019). *El elogio de la bicicleta*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (2013). *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*. Ciudad de México: Itaca.
- Benveniste, E. (1983). *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid: Taurus.
- Berman, M. (1982). *All That is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity*. Baskerville: Penguin Books.
- Berman, M. (1985). La vida después del urbicidio, *Nexos*. 1 de diciembre de 1985. Recuperado de <https://www.nexos.com.mx/?p=4557>
- Berman, M. (1987). Among The Ruins, *New Internationalist*, diciembre de 1987. Recuperado de <https://newint.org/features/1987/12/05/among>
- Berman, M. (1989). *Todo lo solido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. 3 ed. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Berman, M. (2014). Emerging From the Ruins, *Dissent Magazine*, Winter 2014. Recuperado de <https://www.dissentmagazine.org/article/emerging-from-the-ruins>
- Bernard, V. (2017). La guerra en las ciudades: el fantasma de la guerra total, *International Review of the Red Cross*, núm. 901, pp. 1-13.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

- Carrión, F. (2014). Urbicidio o la producción del olvido. *Observatorio Cultural*, 25, pp. 76-83.
- Cassin, B. (coord.). (2018). *Vocabulario de las filosofías occidentales: diccionario de los intraducibles*. Vol. 1. México/Argentina: Siglo XXI.
- Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano 2: habitar, cocinar*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1: artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Châtelet, F. (1992). *Una historia de la razón*. París: Editions du Seuil.
- Childe, G. (1936). *Man Makes Himself*. London: Watss & Co.
- Chueca, F. (2001). *Breve historia del urbanismo*. 3 ed. Madrid: Alianza.
- CONEVAL (2018). *Informe de evaluación de la política de desarrollo social*, Ciudad de México: CONEVAL.
- Coward, M. (2002). Community as Heterogenous Ensemble Mostar and Multiculturalism, *Alternatives*, 27, pp. 29-66.
- Coward, M. (2004) 'Urbicide in Bosnia'. En Graham, S. (ed.) *Cities, War and Terrorism: Towards an Urban Geopolitics*, pp. 154–171, Oxford: Blackwell.
- Coward, M. (2006). Against Anthropocentrism: the Destruction of the Built Environment as a Distinct Form of Political Violence. *Review of International Studies*, 32, pp. 419-437.
- Coward, M. (2009). *Urbicide. The Politics of Urban Destruction*. New York: Routledge.
- De Hipona, S. A. (2010). *La ciudad de Dios*. Madrid: Tecnos.
- Debord, G. (2013). *La sociedad del espectáculo*. Vuelva: Gegner Libros.
- Debray, R. (1997). *Transmitir*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*.
Barcelona: Anagrama.
- Descartes, R. (1968). *Discours On Method and the Meditations*. London: Penguin Books.
- Drakulic, S. (1993). Falling Down: A Mostar Bridge Elegy. *The New Republic*, 13, pp. 14–15.
- Durán, L. (2015). Elogio de la ciudad. Semblanza de la filosofía como fenómeno urbano. *THÉMATA. Revista de Filosofía*, (51), pp. 145-167.
- Dussel, E. (1994). *El encubrimiento del indio: 1492. Hacia el origen del mito de la Modernidad*. México, Cambio XXI -Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública.
- Engels, F. (1976). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Akal.
- Engels, F. (2006). *Contribución al problema de la vivienda*. Madrid, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- Esquilo (2001). *Tragedias*. Madrid: Alianza.
- Frederic J. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*.
Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (2010). *El malestar en la cultura y otros ensayos*. 3 ed. Madrid, Alianza.
- García, C. (2016). *Teoría e historia de la ciudad contemporánea*. Gustavo Gili: Barcelona.
- Gehl, J. (2006). *La humanización del espacio urbano: la vida social entre los edificios*.
Reverté: Barcelona.
- Glass, R. (ed.) (1964). *London. Aspects of Change*. London: Macgibbon and Kee LTD.
- Global Security. (2018). Military. *Global Security*. Recuperado de <https://www.globalsecurity.org/military/world/war/index.html>

- Graham S. (2002) 'Bulldozers and Bombs: The Latest Palestinian–Israeli Conflict and Asymmetric Urbicide', *Antipode*, 34(4), pp. 642–649.
- Graham S. (2003). 'Lessons in Urbicide', *New Left Review*, 19, pp. 63–77.
- Graham S. (ed.) (2004). *Cities, War and Terrorism: Towards an Urban Geopolitics*. Oxford: Blackwell.
- Graham, S. (2003). Teoría y práctica del urbicidio. *New left review*, 19, 39-54.
- Graham, S. (2011). *Cities Under Siege. The New Military Urbanism*. New York: Verso.
- Hannah, A. (2013). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, D. (2007a). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2007b). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Harvey, H. (2008). "The right to the city", *New Left Review*, núm. 53, pp. 23-40.
- Heidegger, M. (1994). *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Herscher, A. (2006). American Urbicide, *Journal of Architectural Education*, pp. 18-20.
- Hewitt, K. (1983). Place Annihilation: Area Bombing and the Fate of Urban Places, en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 73, num. 2, pp. 257-284.
- HIK (2017), *Conflict Barometer*. Heidelberg: Heidelberg Institute for International Conflict Research. Recuperado de https://www.hiik.de/en/konfliktbarometer/pdf/ConflictBarometer_2017.pdf
- HIK (2018), *Conflict Barometer*. Heidelberg: Heidelberg Institute for International Conflict Research. Recuperado de <https://hiik.de/conflict-barometer/current-version/?lang=en>
- Hilberseimer, L. (1963). *Entfaltung einer Planungsidee*. Berlin-Frankfurt, Ullstein.

- Hilberseimer, L. (1999), *La arquitectura de la gran ciudad*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- Horkheimer, M. (2000). *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Horkheimer, M. (2000). *Teoría tradicional y teoría crítica*: Barcelona: Paidós.
- Horkheimer, M. (2010). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- Huxtable, A. L. (1972), *Will They Ever Finish Bruckner Boulevard? A Primer on Urbicide*. New York: Collier Books.
- Jacobs, J. (2011). *Vida y muerte de las grandes ciudades*. Madrid: Capitan Swing.
- Kant, I. (1978). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.
- Kant, I. (1999). *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia*. Madrid: Istmo.
- Kipfer, S. y Goonewardena, K. (2006), Postcolonial Urbicide: New Imperialism, Global Cities and the Damned of the Earth, *New Formations*, 7, 23-33.
- Kipfer, S. y Goonewardena, K. (2007). Colonization and the New Imperialism: On the Meaning of Urbicide Today. *Theory & Event* 10(2).
- Le Corbusier (1933). *La ville radieuse. Éléments d'une doctrine d'urbanisme pour l'équipement de la civilisation machiniste*. Boulogne: Éditions de l'architecture d'aujourd'hui.
- Le Corbusier (1973). *Principios de urbanismo (La carta de Atenas)*. 2da. ed., Barcelona, Ariel.
- Le Corbusier (2001). *La ciudad del futuro*, Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. 4 ed. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

- Llorente, M. (2015). *La ciudad. Huellas en el espacio habitado*. Barcelona: Acantilado.
- Louise, A. (1972). *Will they Ever Finish Bruckner Boulevard? A Primer on Urbicide*. Reno: Collier Books.
- Luxemburgo, R. (1967). *La acumulación del capital*. México, D.F., Grijalbo.
- Marinetti, F. T. (1909). "Le Futurisme", *Le Figaro*.
- Marinetti, F. T. (1978). *Manifiestos y textos futuristas*. Barcelona: Ediciones del Cotal.
- Marx, K. (1973). *Grundrisse*. Nueva York: Vintage.
- Marx, K. (2014). *El Capital*. tomo I, 4^{ta} ed. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Massey, D. (2005). *For Space*. London: Sage.
- Mendieta, E. (2013). La literatura del urbicidio: Friedrich, Nossack, Sebald y Vonnegut. *Eikasía, revista de filosofía*, pp. 11-31.
- Merleau-Ponty, M. (1997). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Moses, R. (1942). "What Happened to Haussmann", *Architectural Forum*, 77, pp. 57-66.
- Moskowitz, P. (2017). *How to Kill a City: Gentrification, Inequality, and the Fight for the Neighborhood*. New York: Nation Books.
- Mumford, L. (1970). *The myth of the Machine: The Pentagon of Power*. New York: Harcourt.
- Mumford, L. (2012). *La ciudad en la historia*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- Mumford, L. (2018). *La cultura de las ciudades*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- Nancy, J.-L. (2013b). *Corpus*. Madrid: Arena.
- Nancy, J.-L. (2001). *La comunidad desobrada*. Madrid: Arena.
- Nancy, J.-L. (2013a). *La ciudad a lo lejos*. Buenos Aires: Manantial.
- ONU (2014). Más de la mitad de la población vive en áreas urbanas y seguirá creciendo. *Naciones Unidas. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales*. Recuperado de

<http://www.un.org/es/development/desa/news/population/world-urbanization-prospects-2014.html>

ONU (2018). Las ciudades seguirán creciendo, sobre todo en los países en desarrollo. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Nueva York, Recuperado de <https://www.un.org/development/desa/es/news/population/2018-world-urbanization-prospects.html>

Pallasmaa, J. (2016). *Habitar*. Gustavo Gili: Barcelona.

Pons, A. (2018). Civiltà. En Bárbara Cassin (coord.). *Vocabulario de las filosofías occidentales: diccionario de los intraducibles*, vol. 1. México/Argentina, Siglo XXI.

Rama, Á. (2002). *La ciudad letrada*. 2 ed. New Hampshire: Ediciones del Norte.

San Agustín (2010). *La ciudad de Dios*, 2da. ed., Madrid: Tecnos.

Scarry, E. (1985). *Body in Pain: the Making and Unmaking of the World*. New York-Oxford: Oxford University Press.

Sebald, W. G. (2004). *On the Natural History of Destruction*. New York: Modern Library.

Sennett, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.

Sennett, R. (2019). *Ethic for the City. Buildings and Dwelling*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

Shaw, M. (2013). *War and Genocide*. Cambridge: Polity.

Singer, P. (2007). *Economía política de la urbanización*. 12ed., México, D.F.: Siglo XXI.

Smith, N. (2012). *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Subirats, E. (2001). *Culturas virtuales*. México, D.F., Ediciones Coyoacán.

Subirats, E. (2003). *El reino de la belleza*. Madrid: ITESM-FCE.

- Subirats, E. (2014). *Filosofía y tiempo final*. México, D.F.: Afínita.
- Tönnies, F. (2001). *Community and Civil Society*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Torres, C. (ed.) (2002). *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- UNHCR/ACNUR (2017). 8 Patrimonios de la Humanidad destruidos en el siglo XXI. *Comité Español de ACNUR*, Recuperado de <https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/eventos/8-patrimonios-de-la-humanidad-destruidos-en-el-siglo-xxi>
- Virilio, P. (1999). *La inseguridad del territorio*. Buenos Aires: La marca.
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Watson, S. y Gibson, K. (eds.) (1995). *Postmodern Cities and Spaces*. Cambridge: Blackweell Publishers.
- Weber, M. (1987). *La ciudad*. Madrid: La Piqueta.
- Weber, M. (1998). *Ensayos sobre sociología de la religión*. Tomo I, Taurus, Madrid.
- Weizman, E. (2012). *A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*. Madrid: Errata Naturae.
- Weizman, E., et al. (2010). "Forensic Architecture", *Architectural Design. Post-traumatic Urbanism*, 80, (5), pp. 58-63.
- Williams, R. (1973). *The Country and the City*. London, Chatto & Windus.
- Wirth, L. (1988). El urbanismo como modo de vida. En M. Bassols, Donoso, R., Massolo, A. y Méndez, A. (comps.). *Antología de sociología urbana*. México: UNAM.
- Zambrano, M. (2001). La ciudad. *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, 3, 140-144.

Zimmermann, C. (2012). *La época de las metrópolis. Urbanismo y desarrollo de la gran ciudad*. Madrid: Siglo XXI.